



El árbol de la luz

*Un camino de savia, desde la
oscuridad de las raíces a la
luminosidad del cielo*

Imagen de la portada:

Tree of Wishes, de Montserrat

www.thesacredfeminine.com

Prólogo

He aquí un reflejo de búsqueda interior, un poquito del camino cavado escarbando y escarbando... desde los pozos oscuros hasta alguna que otra perla de luz. Ojalá esta espiral ascendente te sirva también como un borrador donde ir anotando, tachando y rescribiendo tu propia búsqueda.

Escribo con mis palabras, con las tuyas y con las que tomo prestadas del pasado y del futuro: el presente las funde a todas en una sola palabra: AHORA, y es en esa palabra que se renueva a cada instante donde pretendo existir.

Este libro está pintado con colores de la noche, del agua y de la luna con sus espejos plateados. Está teñido con los verdes de la selva y el claroscuro del mar. Teje una red de luces y sombras entre mi adentro y el adentro de todos mis personajes con el afuera del mundo, el afuera de las ciudades, el afuera de la dualidad marcada por un mundo de opuestos.

Gracias a todos los que decidieron venir conmigo esta vez por empujarme siempre un poco más y hacer de este salto el punto donde nacen los círculos concéntricos sobre el agua.

Gracias a Montserrat por la luz y la magia de sus imágenes.

Gracias a Laura por acompañarme y ayudarme en esto.

Gracias a Marta y al resto del taller de los jueves por ser mi puerta hacia este otro lado.

Y, porque son dos voces que no se dejaron acallar por mi lado oscuro, gracias especialmente a Corina y a Mónica.

Y gracias a todos los que me presten un poquito de su tiempo para leerme. Espero que quieran escribirme a ivanacroxatto@scarlos.com.ar.

Ivana

13 de julio de 2007

Índice

Prólogo.....	2
Índice.....	3
<i>Desde el fondo.....</i>	<i>5</i>
Oleaje de fuego.....	6
Años de bestia.....	9
Playa sin mar.....	13
La sombra.....	17
<i>Apenas al ras de la tierra.....</i>	<i>19</i>
El día del otro.....	20
Los zancos.....	26
Sombras chinas.....	29
Tiempo de espera.....	32
Hierro forjado.....	37
Finales de acero.....	42
<i>Trepando.....</i>	<i>45</i>
El camino de Babel.....	46
La ciudad sin límites.....	53
Plenilunio.....	57

Despejar el cielo	60
Me niego a abrir los ojos	64
<i>Cerca de la copa y el viento.....</i>	<i>66</i>
Una vez más el frío.....	67
Noche fantástica	70
Un café	73
Tiempo de sincronicidades	76
<i>Desde arriba, desde adentro.....</i>	<i>79</i>
Ojos de savia.....	80

Desde el fondo...

Oleaje de fuego

*I throw myself into the sea
Release the wave, let it wash over me
To face the fear I once believed
The tears of the dragon, for you and me*

*Slowly I awake, slowly I rise
The walls I built are crumbling
The water is moving, I'm slipping away...*

The Tears of the Dragon, by Bruce Dickinson

Años llevé el agua al cuello, me estaba ahogando, pero mientras la cabeza se mantuviera a flote, pensé que no corría peligro. Al contrario, me sentía en cierto modo contenido, abrigado por ese mar interno que se agitaba dentro de mí.

Era una sensación confortable, conocida, como estar encerrado en un pozo de agua con el fondo seco y viendo la luz del sol que se recorta en un círculo minúsculo, allá en lo alto. Podría parecer oscuro o solitario, pero yo lo vivía como un refugio, un escape: mi lugar en el mundo.

Pero hubo un día en que el fondo del pozo comenzó a moverse, se iba deshaciendo debajo de mis pies y sentí que la humedad estaba muy cerca de la superficie. Sentí que, poco a poco, el agua empezaba a subir y me mojaba los tobillos; el olor acre del azufre me abría el paladar. Y ya mis sueños no fueron más míos. A partir de ese momento, la gárgola que había logrado encerrar

tantos años atrás se estaba despertando y se iba derritiendo como un iceberg que reclama su alma de agua.

Las paredes del pozo comenzaron a parecerme demasiado frías, por momentos, o inmensamente hirvientes... Veía hielo cosido a las paredes que se levantaba en una infinidad de agujas que me mordían la piel, como si estuviera encerrado dentro de la dama de hierro.

Y, en un segundo, ese hielo ardía en lenguas de fuego que veía salir desde mi propio centro: un hueco incandescente donde una bola apretada, mezcla de hielo y llamas giraba y se retorció buscando salir.

Ya no más pasos lentos: mi mar interno desbordó, rompió el dique que lo contenía, hizo grietas en los muros que lo apretaban y salió con la fuerza del encierro que tanto tiempo lo había ahogado. Sólo fui testigo mudo de cómo ese mar se apoderaba de todo.

Ya no podía atraparlo otra vez, me sentía débil, avergonzado, expuesto... Dejé que me arrastrara y junté fuerzas para sumergirme en él y abrir los ojos en su mundo de Hidras, escamas, y sal. Tenía que enfrentarme a esos miedos sobre los que construí mi vida, ver cara a cara al dragón que vagaba en la profundidad de ese mar revoltoso.

Y lo hice. Lo hice después de estar mucho tiempo a la deriva, perdido fuera de mi pozo, chocando contra olas embravecidas en noches de relámpagos y vientos de huracán. Lo hice cuando ya la soledad de estar naufragando en ese mar de noches, salpicado de despojos humeantes y restos de glaciares, sin nadie que pudiera rescatarme, me golpeó en medio de la garganta y ya no hubo diferencia entre el agua turbia de afuera y el agua sucia de adentro. Sentí que me hundía, entregado, derrotado.

No me di cuenta hasta mucho después de que ese momento de rendición fue en realidad lo que me rescató. Caí, caí hasta el fondo de arenas oscuras y pegajosas, sin resistencia, simplemente dejándome llevar.

Y el dragón al que tanto tiempo temí, salió de entre las algas del fondo, abrió sus alas y me miró a los ojos. Nos reconocimos, yo con rastros de horror, pero con la tranquilidad de quien sabe que eso es el fondo, el rincón más oscuro del mar; él con cara de dragón, pero con la ternura en los ojos de quien lleva la sabiduría del mundo en sus espaldas.

Sólo sé que me acunó y me llevó hasta la superficie. Desperté en una playa suave y cálida, mi dragón se había fundido con cada color del paisaje y pude reconocerlo en los verdes de las palmeras, en el carmín de las rocas, en el blanco del mar, en el fuego del sol. Seguiría estando conmigo, pero ya no estaba dentro de mí... yo era ahora parte de él.

Años de bestia

Asintió con ese mirar cansino, perdido en el fondo opaco de sus ojos negros, huecos como dos hoyos de barro. Las crines de su pelo desteñido le caían sobre la frente, en un intento por alejarme de esa imagen horrorosa, aunque casi traslúcida, del alma de Carmen. Su ser, su esencia, se reflejaba ahora más que nunca en su cuerpo. Años de maldiciones y guerras de conjuros se habían vuelto contra ella y la hacían ver más vieja y abominable.

El temblor que me anudada las entrañas subía hasta ahogarme la voz y entorpecerme el paso. Pero, acepté visitarla porque no estaba en mí negarme a un pedido tan lastimero.

Ni siquiera sabía bien qué estaba haciendo yo en ese lugar tenebroso, áspero y húmedo como la lengua de un gran gato pardo que se esparcía por las paredes, el techo, y hasta por las sucias cobijas que cubrían el cuerpo mísero y encorvado de Carmen.

Cualquiera diría que daba pena, pero yo sabía que ésa no era una palabra que habitara el diccionario de Carmen. En realidad, lo que a mí me causaba era una especie de repulsiva atracción, como cuando uno se acerca a la cara la piel fría de un sapo para que calme el ardor de una picadura.

Su piel era así, semejante a la de un escuerzo, por lo arrugada, por lo verdoso amarronada... por la capacidad de calmar el ardor, aunque no de una picadura sino de las almas envenenadas.

Carmen era una bruja. Una bruja de magia negra. Y había vivido toda su vida como tal. Envuelta en pócimas y libros de sombras, rodeada de sabores amargos y bocados avinagrados. Por cuenta propia o por pedido de gentuza mal

habida, ella entregaba su sabiduría pagana y ancestral por unos cuantos billetes y unas cuantas vidas inocentes destruidas.

Y es que esa especie de odio tangible, maloliente y sangrante estaba enfoscado en esa habitación. Las paredes tambaleaban y el techo se desprendía en blanduzcas estalactitas de bilis y lodo que pendían sobre nosotros como vómitos de Damocles. Un zumbido de gritos lastimosos y torbellinos ensordecedores no me dejaba escuchar muy bien lo que Carmen quería decirme. Yo sólo trataba de concentrarme en su boca para poder leer sus palabras.

No quería mirar ninguna otra cosa.

No quería darme cuenta de dónde estaba. Su lengua negra y bífida me hacía fruncir el gesto en una mueca desfigurada. Su aliento a ceniza me asfixiaba. Sentía que tenía que luchar por seguir allí parada, al costado de esa cama maldecida, respirando un aire que se hacía tóxico en mi garganta.

Estaba paralizada.

Ese mundo de negruras y ocasos permanentes no tenía nada que ver con mi universo blanco, de luz y armonía. Mi magia buscaba el bien, recobrar la energía, remendar los males, emparchar destinos. Mi magia era un suave viento de buenas voluntades, de protección y prosperidad.

Había, sí, un terreno yermo y gris en donde ambos lados se debatían, se enfrentaban para cuidar la supervivencia de uno u otro. Ese horizonte quebradizo de tan cristalino era el espejo en el que una magia se reflejaba contra la otra. Era una pelea pantaleónica y etérea... magia blanca o negra.

Carmen me había llamado porque estaba arrepentida. No quería morirse cargando con esa joroba inmundada de culpas y pesares sobre sus espaldas. El desierto que la esperaba la azotaría con tormentas de arenas y oasis inexistentes. Al menos, si la joroba tenía que estar, que su reserva no fuera tan sólo de hiel.

Yo le había aclarado que era imposible que todo su pasado se escabullera así, sin destrozarlo todo a su paso. Ella, asintió. Ya lo sabía, claro.

Era una bruja vieja y sabía lo que los libros de las sombras dicen sobre estos temas. Pero, tratando de alzar esa voz de cuervo doloso que le quedaba, me dijo que estaba dispuesta a que esa casa herrumbrada y maldita se le viniera encima, como las culpas. Y como los años de bestia que llevaba vividos, por supuesto.

Trataba de no verla, pero su imagen ahí postrada me va a perseguir toda la vida. Sus manos eran la viva prueba de que su alma se quería apoderar de ella: uñas negras y encorvadas, largas, como las de un loro, con dedos arracimados y enjutos, envueltos en una piel reseca y con manchones de pelo... eran garras.

Yo sólo tenía que decir mi conjuro, perdonarla en nombre de la magia blanca y dejar que el destino se encargara de ponerle fin a ese camino tenebroso y escarpado. Cuando una bruja se arrepiente de sus pecados, la negrura de su alma empieza a transformarle el cuerpo físico, como a Carmen.

Yo podía estar segura de que ella estaba arrepentida, se le veía aún con la oscuridad cavernosa que había en esa casa.

Reuní todas mis fuerzas, traté de no percibir el frío helado que me quemaba la nuca, intenté no acordarme de las cosquillas que sentía en todo el cuerpo, como si telas de araña me hubieran traspasado las ropas, traté de no escuchar a los muertos que se asomaban a las paredes tratando de estar presentes, y pronuncié mi conjuro, con voz queda.

Un vapor gris de brea, con gusto a rancio invadió todo el lugar.

Salí corriendo lo más rápido que pude. El aire me golpeaba la cara y traté de engullirlo todo de golpe, como si fuera la última vez que respiraba. Sentí

cómo la casa se derrumbaba detrás de mí, pero no tuve el coraje de darme vuelta para verla.

Sólo supe que tenía que escaparme de allí y dejar el recuerdo de Carmen enterrado bajo toda esa madera que el tiempo se encargaría de convertir en polvo.

Playa sin mar

Salió de la ducha y lo primero que alcanzó a ver, entre la niebla desdibujada del vapor, fue la piel de su cara reflejada en el espejo no tan bruñido de ese cuarto de baño tan impersonal y tan poco suyo como esa mirada que el espejo le devolvía.

Había cierta lejanía que le resultaba familiar en esos ojos profundamente azules, que de tan hondos parecían huecos. Sabía de esa chispa apagada que intentaba asomar desde el fondo, desde lo negro de su centro.

Pero, reconocía, con amargura que toda su piel llevaba esa capa de arena que se le había pegado hace años y que ya no dejaba traslucir nada, no importaba cuánta mica tuviera, no importaba cuántos soles le cayeran encima, la playa de su piel había perdido el brillo interno, había olvidado la sal del mar, se había agarrotado bajo brisas de ciudades que nada tienen que ver con las brisas húmedas y palpitantes del océano, había dejado de arder con el sol para chamuscarse en descamadas cenizas de humo y alquitrán.

Ana miraba su reflejo con desdén, con el rabillo del ojo, como intentando espiar qué es lo que haría cuando ella volviera la vista hacia otro lado, desafiante. Sentía que esa máscara reseca del espejo era una burla agria: ella vivía y se movía como la Ana de las playas, no como las Anas que llegaron a espantarla desde el espejo, cada vez con más asiduidad.

Escuchaba, sin hacer mucho esfuerzo por responder, que Mario la llamaba desde el cuarto. Le estaba gritando algo, parecía, pero Ana sentía que las palabras se enrollaban, se anudaban y gorgoteaban bajo el sonido del agua que caía con fuerza desde la regadera que había dejado sin cerrar.

Y no quería cerrarla para poder escuchar.

Tampoco quería abrir la puerta para poder escuchar... no quería escuchar. Y no quería cerrar la ducha, porque el sonido de esas agujas de agua que se rompían contra el cerámico le mecía los oídos recordándole el vaivén del mar.

El agua cayendo le despertaba la vitalidad, ese fuego de ninfa de las aguas que sigue buscando al elegido a quién entregarle la misión, que sigue recorriendo pasajes lejanos, subterráneos, salvajes, montada en su nenúfar, esperando las señales del destino.

Ana había fracasado, sabía, en esta tarea. Había anclado antes de tiempo, había escapado, aunque más no fuese por un breve momento que terminó siendo irretornable, al caudal torrentoso que la arrastraba para pisar costa, para sentir la arena, para seguir caminando hasta ese lugar en que la arena se vuelve de oro y serpentea bajo los rayos acerantes del sol para acabar bañada por el fresco del mar que viene a lamerla una y otra vez.

Ana quería sentir esa arena.

Su cuerpo frágil de ninfa se cubrió de arena, se deshizo en ella, se encarnó en ella... y Ana también sintió el abrazo incontenible del mar tantas veces, hasta perder el rumbo, hasta olvidarse de su nenúfar, de su río y de su cauce.

Esos ojos tan hondos que seguían mirándola habrían tenido la fuerza de devolverla al río o de arrastrarla al mar... pero ahora no hacían otra cosa que recordarle lo lejos que había quedado varada.

Su piel de arena estaba muy lejos de toda playa y se estaba resquebrajando en aquel punto olvidado de la ciudad. El aire que la rodeaba no traía nunca olor a sal. No la acariciaba con sabor a río ni con tierras húmedas.

Parecía que Mario seguía gritándole. Pensó: "Debe de ser el televisor. O, a lo mejor, le está hablando al televisor. Igual, no tengo ganas ahora de ver qué quiere. Que venga hasta acá si necesita pedirme algo."

Se sentía desganada, olvidada. Se había permitido llegar hasta ese punto en que la culpa de haberse equivocado, los años de enojo y frustración, le habían construido una ristra de piedras que arrastraba tras de sí con todo el esfuerzo de sus huesos anquilosados, de su cuerpo que se estaba volviendo como una estatua de arena, sino de sal, por tanto volver la vista atrás.

Se hartó de escarbar en su propio rostro, en su propia caverna del horror. Se puso encima esa bata indecorosamente blanca que resaltaba las grietas amarronadas de sus tobillos.

Salió del baño sin secarse, sin cerrar la ducha y sin desempañar el espejo. Dejó la puerta entreabierta para que todos los fantasmas del vapor pudieran desparramarse por la casa y danzar contra las paredes de la sala, contra el techo cada vez más pesado del cuarto.

Fue primero a la cocina para servirse un tequila... la lengua en la sal era la parte que más disfrutaba, y se disolvió en él con la mirada perdida entre los hilos de vapor que asomaban, enredados, desde el pasillo.

Se acordó de Mario. "¿Qué habría querido?", pensó. Y frunció el ceño, porque le resultó demasiado raro que no siguiera todavía insistiendo desde el cuarto.

Ana había sido una especie de mano ambulante, que recorría el resto de la casa al parecer de Mario y podía acercarle lo que fuese hasta su mundo chiquito, feliz y demandante.

No podía culparlo. Ella había aceptado ese triste papel hacía años. Cambió la culpa por la humillación y trató de que ese trato se convirtiese en algo digno, que le permitiera ir desprendiéndose de la culpa por efecto de la erosión... sólo que Mario no era el mar. Y ella hacía rato que se había dado cuenta.

Fue hasta el cuarto y, desde la puerta pudo verlo, sentado en el sillón bordó, de respaldo alto, inclinado, con los pies sobre la cama, mirando el televisor, ése que ella había aprendido a no escuchar aunque lo tuviera a sólo un paso.

El vapor había llegado hasta el cuarto y danzaba frente a la ventana de persianas bajas, gozaba ante el televisor que lo hacía resplandecer en tonos azules, violetas, acariciaba la frente inmóvil de Mario, peinaba sus mechones escasos de pelo entrecano y se metía por su boca abierta, quería mezclarse con su aliento que ya no estaba y volvía a salir para envolverla a Ana que, desde el marco de la puerta, se entregaba, semi sonriente, y empezaba a sentir un poco de mar en los dedos sinuosos del vapor.

La sombra

La veía enroscarse de dolor contra el rincón más húmedo de la casa, la veía descomponerse en miles de añicos contra el espejo sucio con reflejos sepia a la luz del ocaso, la veía explotar en pequeñísimas espirales de humo con el calor abrasador de una tarde pesada y polvorienta de verano, la veía encontrarse hasta fundirse con su propia gravedad ante la mirada pálida de la luna, la veía doblarse y doblarse y doblarse hasta casi desaparecer con el sol escudriñador del mediodía y la veía alargarse y derretirse en el asfalto con cada farol que desde lo alto digitaba sus pisadas.

La sombra tenía reglas de otro mundo, pensaba Sofía. Vivía con las leyes de su propio universo paralelo y le parecía el ser más independiente: no había orden ni sistema que pudiera domarla; no había amenaza que la hiciera replegarse si su hora era la de abrir las alas y ensombrecerlo todo. No había grito que pudiera hacerla desaparecer si la luz seguía dando aliento a su propia existencia.

Lo único que parecía empobrecer su reinado, eran los caprichosos juegos de la noche.

Sin embargo, Sofía sabía que la sombra no era tan débil como se mostraba: podía traspasar cercos y postes, podía alfombrar jardines y escaleras, podía trepar dunas y andenes, podía flotar en el agua y, entretejerse con el rincón más oscuro.

Y para Sofía, la sombra no era mártir, sino anticipo de la noche: era un puñado de tinieblas que la acompañaba a donde fuere para recordarle siempre ese lado quizás inaccesible, pero siempre presente del alma, que se despierta

durante la noche, que suelta sus cadenas y lo abarca todo, cubriéndolo con un manto de tenue penumbra, de frágil realidad, donde la sombra deja de ser una modesta dama de compañía para convertirse en el lienzo donde se pintan los sueños.

La sombra era la conexión más real entre la vigilia y ese otro mundo donde parecemos vivir fuera de nuestro cuerpo. La sombra era sabia y su oscuridad era sólo un resguardo, un reflejo opaco de la perla que cuidaba en su interior.

Por eso, Sofía miraba a su sombra, a veces con desesperación, la observaba con ojos de águila tratando de entender sus densidades, sus secretos, hubiera querido sumergirse en su profundidad, encontrar su vientre de nácar y romper esa bola de cristal que era la única que sabía todo lo que su alma llevaba adentro. “Algún día...”, pensó. “Algún día, en el que viva mis sueños, voy a poder hundirme en mi sombra y encender la luz que la volverá transparente.”

Apenas al ras de la tierra...

El día del otro

Todavía me acuerdo, así como en un borrador desteñido, aquel día en que Mamá me llevó al médico... creo que dijeron que era un psicólogo o psiquiatra... algo así. Para mí que todo empezó cuando la maestra escribió en mi cuaderno una notita para Mamá.

Yo estaba en segundo grado y sé que en casa todos parecían preocupados por aquella reunión con la maestra. Después no supe muy bien qué pasó. Claro, yo en la reunión no estuve, así que no puedo saber bien bien qué es lo que dijeron de mí. Pero, bueno, supongo que a partir de ahí, Mamá decidió que tenía que ir a visitar a Gabriel, el doctor.

El doctor era bueno conmigo, pero a mí me parece que algo me cambió. Porque yo antes de ir a lo de Gabriel sentía más cosas, y quería más a la gente. Después, tuve que empezar a tomar esas pastillitas blancas: “una con el desayuno y una con la cena”.

Mamá decía que era para que yo creciera sano y fuerte, pero, no sé... a mí me parecía que me iba apagando de a poquito. Sí, es cierto, yo me sentía más tranquilo, pero no porque tuviera tanta paz adentro que me llenara como un globo y me dejara floootaaarrr.

Más bien, era como un agujero negro, una gravedad inmensa que me volvía cada vez más grave y me iba metiendo para adentro, para ese medio oscuro sin principio ni final, sin pies ni cabeza, sin antes ni después.

Aunque algún “después” podía sentir, porque muy dentro de esa negrura sabía que algún día volvería a encontrarme con aquella personita que también vivía dentro de mí, aquel nene que había sido antes de perderme en ese hielo resbaladizo, tan frío que quemaba y, por eso, me quedaba tranquilo... como atado, si total había hielo por todos lados: para donde mirara veía esas

caras resquebrajadas, azuladas, con ojos vidriosos y bocas partidas, con mejillas escarchadas y pestañas llenas de pelusitas de nieve.

Y la maestra parecía más contenta ahora. No me retaba, no me mandaba afuera ni a la dirección. En casa también parecía que todo estaba más calmo, aunque infinitamente vacío y aburrido.

Yo creo que estuve así como unos tres o cuatro años. A Gabriel no lo volví a ver y a la maestra tampoco, porque con cada año que empezaba, teníamos una maestra nueva. Supongo que está bien que sea así. En casa hasta me preguntaban qué tal los compañeros nuevos.

La verdad, no sé que tendrían de nuevos, porque yo los veía siempre iguales: azules, distantes, fríos y con voces de cristal, aunque algunos también tenían voces de agua.

Cuando tenía 10 u 11 años, empecé a soñar conmigo. O por lo menos, con el nene que era antes de segundo grado. Esos sueños eran tan reales, tan vivos y tan lindos, que prefería mil veces quedarme soñando antes que tener que levantarme y hacer lo mismo de todos los días.

Pero los sueños empezaron a confundirme, llegó un momento en que no supe qué era sueño y qué era verdad. Sentía, muy dentro de mí, que no eran sueños nada más. Sabía que algo de verdad tenían. No terminaba de entender y cuando alguna vez traté de hablar con Mamá, me dijo que no me preocupara, que sólo eran pesadillas.

Pero yo creo que no me entendió. ¡Cómo iba a ser una pesadilla eso! ¡Pesadilla era lo de todos los días! En los sueños, yo jugaba con otros chicos... tenía mucha energía, podía entender todos esos problemas de matemática y de física que veía en esos librotos enormes que Mamá tenía en la biblioteca.

En esos sueños, tenía amigos con los que charlábamos y nos contábamos sobre nuestros maestros ancianos, con manos ancestrales y ojos universales. Hablábamos de una misión... algo sobre cuidar la naturaleza, vibraciones, yo sentía que éramos muchos pero como uno solo.

En esos sueños, los otros chicos y yo nos tomábamos de las manos y nos sentábamos de a tres, formando triángulos alrededor del que se sentía mal... y ese triángulo le devolvía la energía y las ganas de seguir jugando. Eran tan lindos esos sueños. Ahí todo estaba bien.

Bueno, había muchos problemas y males. Era un mundo muy parecido a éste, pero teníamos una luz que nos nacía de adentro y que nos iluminaba con una calidez púrpura que lo teñía todo de un tornasol increíble, que tanto se alimentaba de la luz del sol como reflejaba y partía en miles de estrellitas la luz de la luna. Y eran tan reales. Esos sueños eran tan reales.

Yo los soñaba muy seguido. Hasta podría decir que eran los únicos sueños que tenía. O al menos los únicos que me acordaba. Cuando me iba a dormir, me quedaba pensando en los chicos del sueño y en esos señores, vestidos de violeta, con caras tan buenas que parecían ángeles.

Odiaba bajar la persiana de mi pieza, porque así, cuando me acostaba, me quedaba mirando las estrellas y era la última imagen que tenía al cerrar los ojos. Era como si pudiera llevarme esa imagen conmigo para dormir allá y no dentro del cuarto, que me resultaba cada vez más encerrado.

Además, algo me decía que esos chicos, esos señores, esos sentimientos gigantes que yo tenía en los sueños tenían mucho que ver con las estrellas. Porque los días que yo no me dormía mirando las estrellas, al otro día no me acordaba haber soñado nada.

Y las estrellas que más quería eran las Tres Marías, porque se veían justo encima del limonero que había en el patio. Yo sabía que a las 11 de la noche, allí iban a estar las Tres Marías. Aunque estuviera nublado, yo fijaba la

vista ahí y sabía que en cualquier momentito, en cuanto se abrieran un poquito las nubes, allí iban a estar. Nunca se escaparon.

Y también me gustaba dormirme con mi "cajita de los sueños", como la llamaba yo. Pero para que nadie me la encontrara, la dejaba siempre abajo de la cama mientras dormía, y después me la guardaba en la mochila y la llevaba conmigo a todos lados. No podía dejarla.

Creo que era porque en esa cajita iba todo lo que me había despertado un poquito alguna vez de este frío tan grande que sentía cuando estaba despierto. Igual no entendía muy bien los recortes y papeles que tenía en la cajita. Ni siquiera sabía por qué los había guardado.

Pero era casi como si la cajita pudiera encerrar un poquito del aire violeta de los sueños.

Cuando cumplí 12, Mamá me dijo que ya tenía que ser responsable, porque ahora era grande. Entonces, ahí empecé a hacerme la cama yo solo, a hacerme el desayuno solo, y acordarme yo solo de mis pastillitas blancas: “una a la mañana y una a la noche”.

Y también yo solo un día me olvidé de tomarme la pastillita blanca de la mañana. Cuando llegué a la escuela y me di cuenta, no supe qué hacer: si volverme, si llamarla a mamá, o qué.

Era la primera vez, que yo supiera, en más de cinco años que me faltaba una de esas pastillitas. Me sentía culpable y, a la vez, como desnudo. Nunca había salido a la calle sin la pastillita. Yo creo que se me debía de notar, porque la maestra me preguntó qué me pasaba, mis compañeros también me preguntaron si estaba todo bien.

La verdad es que hacía mucho que no me sentía tan bien. Ese día sentí que el frío se iba alejando un poquito, sentí que las caras de los demás ya no eran tan azules, ni tan heladas, y que su aliento tenía un poco más de olor a vida.

Sentí que tenía muchas ganas de hacer cosas y tenía la esperanza de encontrar por ahí a mis amigos de los sueños. Sí, es que eran tan reales.

Ese día, pensé y pensé. Todo el día estuve pensando que, a lo mejor, podía no tomar más esas pastillitas blancas y ver qué pasaba. Después de todo, el único día que recordaba sentirme diferente fue el día que me olvidé de tomarla. ¿Y si no la tomaba más esa noche tampoco?

¿Y si no la tomaba mañana... ni nunca más? Estaba seguro de que no podía ser peor que cuando el frío ése penetrante me llegaba hasta los huesos y me dejaba estancado en un barro negro y congelado.

Y ese día, que justo era mi cumpleaños número 13, decidí que sería otro. O mejor dicho, que dejaría de ser el otro en el que me habían transformado para ser el que mi sangre, mi cabeza y mis sueños me decían que tenía que ser.

Los sueños ya no volvieron, y creo que por eso extraño un poco la pastillita, pero ahora todo tiene un aire púrpura y un sabor de violeta tornasolado que lo hace más vivo, más real y más mío. Yo sé que mis amigos de los sueños están aquí, en el mismo lugar que yo, y que los voy a encontrar en algún momento.

Siento que, de algún modo, seguimos tomándonos de las manos para formar ese triángulo que vibra y nos hace sentir mejor. Todavía me duermo mirando las estrellas, y todavía las Tres Marías parecen guiñarme un ojo, sobre todo en las noches claras, en que la Vía Láctea tiñe todo de un color blanquecino plateado, ese arco iris violáceo de épocas ancestrales.

La maestra la volvió a llamar a Mamá para decirle que yo estaba raro, que había cambiado mucho, que ya no prestaba atención en clase y que me había vuelto muy hiperactivo. Mamá me dijo que a lo mejor teníamos que

volver a ver a un doctor, “así como Gabriel, ¿te acordás? Porque parece que las pastillitas blancas ya no te hacen el mismo efecto ahora que creciste”.

Si supiera que yo no las tomaba más... Pero yo ahora era más grande y no me iba a volver a pasar lo que me había pasado en segundo grado. Ahora yo sabía disimular y comportarme como los demás querían que me comportara sin necesidad de pastillitas. Total, yo sabía que una cosa era “comportarse” y otra cosa era “ser”. Podía comportarme como “el otro”, pero ser “yo” en los momentos en que así lo quisiera.

La cajita de los sueños me sigue acompañando y, ahora, ya no me resultan tan esquivos sus contenidos. Ahora sé por qué Gabriel me dio esas pastillitas cuando yo tenía siete. Ahora sé que RITALIN, la palabra escrita con letras verdes en el cartoncito que yo guardaba en mi cajita, era el remedio que les dan a los chicos con hiperactividad y déficit de atención en clase. Así que era eso lo que yo tenía.

No, no era eso lo que yo tenía. Ahora me acuerdo de aquel día, cuando Mamá me llevó por primera vez a lo de Gabriel. “Doctor, ¿usted cree que mi nene puede ser un Niño Índigo?”

Y el doctor la miró muy serio, cruzó los brazos encima del escritorio y le dijo: “Señora, eso es un invento de las nuevas sectas New Age.” Y sonreí mientras terminaba de imitarlo a Gabriel con esa voz de hielo.

Los zancos

Martín se apoyó con los antebrazos y levantó la cabeza apenas del pasto para verse los pies.

—Y bueno —dijo—, se ven bastante bien. Parece que el izquierdo me va a dar un poco más de trabajo, pero no es imposible.

Se volvió a tirar en el pasto, con los ojos del color del aire y el aliento que se le mezclaba con el aroma húmedo de las amapolas. Ese pedacito de tierra, con el pasto medio raído y el manzano florecido, era de él.

Era su propio círculo mágico, donde los sueños se hacen proyectos y donde el mundo de afuera, tan altanero, tan salvaje, tan hosco, se volvía tan manso como esa florcita silvestre que incluso él podía aplastar con sus pies chamuscados.

Martín hacía ya mucho que se apoyaba en esas muletas, y los médicos le decían que podía hacer mucha rehabilitación y quizás recuperar un poco más de movilidad, pero no le daban esperanzas de que pudiera moverse sin ellas. Martín miraba las muletas con una sonrisa un poco desvalida y pensaba que todo dependía de cuánto ellas y él quisieran seguir juntos.

Aquel día, debajo del manzano, que parece ser el árbol de las ideas que a uno le cambian la vida, pensó que sus muletas estaban ya un poco ajadas y que si él quería recuperar fuerzas y moverse con más soltura, no podía depender de dos pobres bastones que apenas si se soportaban a sí mismos.

Las pintó de verde, no por casualidad, y les dibujó muchas amapolas en la base. Eran tantas amapolas juntas que se mezclaban y parecían burbujas rojas

con pecas negras, pero Martín sabía que eran amapolas. Y con que lo supiera él, a los demás les tenía que bastar.

Le había sacado el serrucho, unos clavos y algunas otras herramientas a su papá y le sacó al manzano algunos tronquitos, y antes de cortárselos le dijo despacito al oído que no le iba a doler, que era sólo un pinchacito.

Tardes enteras pasaba Martín en ese círculo donde el tiempo era infinito: trabajaba y trabajaba para que sus muletas se vieran como él creía que tenían que estar para servirle de verdad. Se apoyaba en el manzano y, vuelta tras vuelta, sentía que ese árbol podía ponerlo de pie.

En cada vuelta, miraba a esa florcita lila que lo veía desde abajo y pensaba, “mirá cómo me veo desde lo alto, parezco más grande que cuando estoy ahí acostado, ¿no? Y no te voy a pisar, no te preocupes, si sos el único público que tengo...”

Y de tantas tardes que pasaron llegó marzo y llegaron las clases otra vez. Y había que volver a la escuela. Martín había estado esperando ese momento todo el verano. Su mamá lo notaba nervioso, ansioso, había visto las muletas así pintadas y pensó que si eso le hacía bien a Martín, a ella le parecían bárbaras.

Martín llegó a la puerta de la escuela, como tantos otros años, apoyado sobre sus muletas y con la mochila en la espalda. Pero, a diferencia de otros primeros días de clase, ese día había llegado tarde. Y a propósito.

Quería llegar cuando todos estuvieran formados en fila frente a la bandera. Quería que lo vieran llegar. Quería que lo miraran, como siempre, pero no como siempre...

Dejó la mochila en el piso, frente al banco de la entrada y, con mucha delicadeza empezó a subir poquito a poquito por los escaloncitos que le había puesto a las muletas, hechos con brazos de su amigo el manzano. Pensó “hasta en esto me vas a ayudar” y subió un peldaño más y otro más, hasta que alcanzó el más alto y se sintió seguro.

Entró a la escuela como nunca antes lo había hecho: con una sonrisa amplia y el pecho más amplio aún. Dio grandes pasos con sus muletas que se habían transformado en los zancos más orgullosos. Sonrió a todos mirándolos desde arriba, con una mirada que lo abarcaba todo.

Fue hasta la fila de su grado, se bajó de los zancos y formó en su lugar. “Ahora sí”, pensó. “Me siento casi casi igual a los demás.”

Sombras chinas

Era un mundo distante y ausente. Un eco incoloro que rodeaba todo lo que me tocaba. Había cierta alegría o algo de asombro en las caras que me hablaban, con los ojos grandes y saltones, con los gestos particularmente exagerados, con la boca fruncida en una O prominente que los hacía ver como un mar de prolijos peces.

Un colchón sin sonidos suavizaba las imágenes, el viento era siempre una sorpresa, sin ulular ni ruido de hojas crujientes en el suelo. La lluvia era siempre refrescante, con un ritmo único y envolvente, pero sin gorgoteos ni repicar de gotas en los charcos.

El sol sí era igual para mí que para todos los demás: con su presencia muda, salía y alumbraba, se ponía y esperaba... para todos igual.

Quizás fuera raro saber que había una dimensión a la que yo no tenía acceso, pero sé que muchos ansiarían ocupar mi lugar por unos momentos aunque sea: sin molestos cascos de caballo castañeteando contra las piedras ásperas y duras del pavimento, sin el ruido ominoso de la pólvora allá en la lejanía, sin los llantos desgarradores de las viudas, ni el llanto demandante de los bebés; sin los gritos ahogados de los mensajeros ni los gritos amenazadores de los mercenarios.

Era un mundo apacible el mío. Era una burbuja, mezcla de realidad y de ensoñación.

Me gustaba jugar con las costras del pan viejo... ponerlas en forma de caminito en el alfeizar de la ventana y esperar, escondida, para ver cómo las palomas venían a buscarlas... aunque cada vez había menos palomas y ya hasta parecían venir sólo para demostrarme que se acordaban de los buenos tiempos y agradecerme por acordarme siempre de ellas.

Me gustaba también hacer una pila enorme con el heno amontonado y tirarme de espalda sobre él con los brazos abiertos en cruz. Cada vez que lo hacía imaginaba, mientras caía qué pasaría si, de repente, soplara un viento fuerte y dispersara el heno en mil pedazos.

Y mi juego preferido era visitar a don Francisco, el zapatero, que se sentaba a orillas del empedrado y nos reunía a su alrededor para contarnos historias. Como yo no podía escucharlo, don Francisco había decidido que iba a ser como el sol, iba a hacer algo que fuera igual para todos. Por eso, sus relatos tenían forma de sombras chinescas.

Él imaginaba historias de países lejanos y sus manos eran como un lienzo donde pintaba los leones más feroces que lucían su melena acaramelada, los conejos más pícaros saltaban tras zanahorias imaginarias, los coyotes aullaban a la luna y los soldados lucían uniformes impecables y fusiles sordos y refulgentes.

Don Francisco terminaba siempre la función con un ramito de lavanda para cada uno de sus espectadores. Nos saludaba con la mano y nos sonreía amablemente, con dientes amarillos y carcomidos. Su pelo blanco y ralo lo hacía parecer más viejo. Sus ojos celestes y sus mejillas sonrosadas le daban un aire de bondad.

Siempre le agradecía a don Francisco que no me tratara como a una persona diferente. Él había elegido hacer que los demás niños participaran de mi mundo. Y a mí me parecía justo porque yo participaba del mundo de ellos todos los días y a cada momento. Para entender las sombras que se dibujaban magistralmente en la pared, sólo hacía falta ingenio, don Francisco y el sol que las proyectara. Nosotros, boquiabiertos, nos maravillábamos ante esas historias increíbles, insonoras, con aire de eternidad.

Un día mi mamá nos preparó una torta para la "hora de los cuentos", como la llamaba yo. Me dijo que era para que se la llevara a don Francisco que,

pobre, ya no tenía a su señora para que le hiciera cosas ricas. Yo estaba feliz. Pero le pedí a mamá que me acompañara y que le llevara ella la torta. Mamá no dudó. Se sacó el delantal de cocina y vino conmigo hasta la improvisada sala de teatro.

Con mucho cuidado, sacó la torta almibarada, lo miró a don Francisco con ojos de gratitud y le entregó la torta. Después vi que ella articuló un hermoso "Muchas gracias" pero me sorprendió que las palabras no vibraran en su garganta.

Don Francisco asintió con la cabeza y se llevó una mano al corazón, sin decir nada. Mamá se dio cuenta de lo que pasaba, se inclinó hacia mí, me tomó de las mejillas y me dijo, mirándome de frente: "Don Francisco no puede hablar ni oír, pero es un sol de abuelo, ¿verdad?".

Tiempo de espera

Habíamos quedado en encontrarnos a las seis en punto. Sí, a las seis había dicho. En el bar que quedaba en la esquina de Bartolomé Mitre y Av. Buenos Aires. Y está bien... es el bar donde estoy, "El Viejo Bar". Por lo menos en eso no me equivoqué. Quizás en muchas otras cosas, sí, pero en el lugar y la hora, no.

Pero ya eran las seis y media y no había aparecido. No sé qué le podría haber pasado.

Ya no sabía qué más hacer para matar el tiempo, para ahorcarlo, amordazarlo, molerlo a palos, en realidad. La espera era angustiante, era como si le hubieran puesto los dedos en tenaza sobre ese suave hueco que se forma en la base del cuello y apretaran, apretaran... que pase un dejo de aire, un vapor apenas, para que la tortura fuera aún mayor.

No sé por qué vine. Si hace años que no nos vemos. Que no me ve... que no me mira, mejor dicho. Será que a uno siempre le queda esa curiosidad que quema como un alambre caliente por saber cómo va la vida del otro, por ver en los ojos del otro reflejado todo un pasado en común, toda una historia compartida, que para el otro pueden haber sido sólo unos meses, pero para mí era toda una vida.

Mi papá se fue cuando yo tenía cinco meses. Mi mamá siempre me dice que él me quiere mucho, pero yo creo que eso es sólo lo que ella quiere creer... y que crea yo, claro.

Si yo era sólo un bebé cuando desapareció y ahora tengo 14 años, no creo que él haya sido capaz de apretar todo ese amor y dármelo todo junto, como un huracán de ternura, en sólo cinco meses. Yo más bien pienso que me

dio cariño, sí, pero de a terrones, que se iban cayendo al piso y se abrían en mil granitos cuando golpeaban contra el suelo.

Todavía tengo algunos de esos granitos, que se fueron volviendo verdes con el tiempo. Y mientras pensaba esto, apreté fuerte el puñado de granitos que tenía en el fondo del bolsillo de esa campera de jean que ya estaba vieja y me quedaba un poco grande.

Igual yo no podía dejar de usar esa campera. Era la que mi papá se había dejado en casa. Una de las pocas cosas que yo tenía de él. Tanto, tanto insistí que al final mamá me dejó usarla. Y nunca le conté que dentro del forro de la campera encontré una pulserita muy chiquita, rota, que me parece que llegó ahí porque el bolsillo de adelante estaba un poquito descosido en el borde. Era una pulserita de plata, como las que usan los bebés.

Pero tenía grabado el nombre "Belén". No tengo idea de quién es Belén. Mi mamá se llama Andrea y yo me llamó Fabricio. Y además la única Belén que conozco es la que va conmigo a la escuela... no es un nombre muy común.

El reloj de madera y agujas doradas que había encima de la pared llena de botellas verdes, marrones y esas más transparentes marcaba las seis y media. El mozo me volvió a mirar porque yo todavía no había pedido nada y le hice señas con la cabeza y los ojos para que viniera.

Le pedí un licuado de banana. Sí, ya sé que el licuado de banana mucho no me gusta, pero así, por lo menos, iba a estar ocupado en tratar de tomármelo todo y me guardaba lo más rico para cuando llegará papá. Qué raro que suena decir "papá". No sé si me va a salir decirle así cuando aparezca. Y espero reconocerlo.

Yo creo que sí porque mamá siempre me muestra un par de fotos de él que hay en casa. Es más, hay una que está encima del televisor, así que la veo todos los días. Lo único... esa foto tiene como 16 años. No importa, seguro

sale todo bien. Y cuando él llegue, voy a pedir una cerveza, que es lo que más me gusta.

Una vez le pregunté a mamá por qué papá se había ido y ella me dijo que le había salido un trabajo excelente, pero que quedaba muy lejos y no nos había podido llevar, pero que siempre se acordaba de nosotros y nos mandaba plata, pesetas me parece que me dijo. No seguí preguntando más porque no quería saber, me parece, que esa plata venía de la pensión de la abuela y que el trabajo de papá no había sido ni tan lejos ni tan bárbaro.

Traté de que mamá siempre pensara que yo creía esa historia. Pobre, ella ya tenía bastante con lo suyo. Y lo contaba tan convencida que hasta por ahí se creía esa historia.

Siete menos cuarto. Yo no fumaba, pero ése hubiera sido un excelente momento para empezar. El humo de cigarrillo que había dentro del bar ya me nublabla la vista y hasta la cabeza. Seguía sintiéndome nervioso, pero la verdad que ya no me importaba tanto.

Sentía que ese nudo enorme que me ahorcaba las tripas me había ido sacando el aire de a poco y ahora me dejaba adormecido, como una bandera cuando no hay viento. No tenía ganas de pensar demasiado. No tenía ganas de darme cuenta de que quizás papá no viniera.

Dejé pasar un minuto y después otro, hasta que se hicieron las siete.

Saqué la mano adormecida del bolsillo donde había estado aferrada a esos mugrientos granitos verdes... Me acordé de la pulserita y la saqué también. La puse encima de la mesa, al lado del licuado a medio terminar, porque por más esfuerzo que hice, no me pasó más que la mitad y me quedé con la vista fija en esas letras rectangulares y alargadas que dibujaban perfectamente el nombre: "Belén".

Siempre me había imaginado a Belén como una bebida rubia, de ojos celestes y cachetes colorados. Nunca pude imaginármela más grande que eso. Para mí, siempre había sido una bebida.

Y me parece que mi papá tenía una hermanita que se llamaba "Belén" y que se había muerto cuando era chiquita. Pero no me acuerdo de qué. Bah, en realidad, mi mamá nunca quiso explicarme demasiado.

Ya eran las siete y cuarto. Pensé que iba a esperar quince minutos más, porque, total... Ya había esperado catorce años, qué eran quince minutos más, apenas un minuto por cada año de espera.

Me quedé con la pulserita en la mano como si fuera un tesoro añejo y codiciado. Me quedé con la vista fija en el licuado y con los pies tamborileando en el piso... Era lo único que dejaba ver mi ansiedad.

Se abrió la puerta del bar y entraron tres chicas, sonriendo, que fueron a sentarse a la otra punta del bar, en una mesa oscura que estaba contra la pared. El humo no me dejaba verlas bien, pero igual me contagiaron su alegría. Bueno, en realidad, una de esas tres chicas era compañera mía de la escuela, Belén, qué casualidad, sí, y cada vez que la veía lo único que sentía era alegría, o mejor dicho, cosquillas, esa mezcla de nervios con euforia, de sentirme enorme e insignificante a la vez, de ver que todo lo que me rodea es ese pelo largo, lacio e increíblemente negro que quiero tocar cada vez que lo veo, y esos ojos, marrones, con pintitas amarillas que me arañan el estómago...

Me parece que me está gustando mucho Belén. Me quedé mirándola y cuando se dio cuenta, me miró a la distancia y me sonrió, con esa enorme blancura que traspasó el humo y me pegó en medio de la frente.

Nervioso, jugaba con la pulserita y la daba vueltas y vueltas entre los dedos que se mezclaban como palitos chinos. No sabía para dónde mirar, al

techo, al piso, a la pulserita... al reloj... ocho menos veinte.... no va a venir... a la puerta... al licuado... a la pulserita... “15 de julio de 1991”.

¿15 de julio de 1991? El mismo año en que nació yo. Apenas unos meses de diferencia.

Ocho menos cuarto. Estaba casi seguro de que papá no iba a venir. Quería irme, pero los ojos de Belén no me dejaban desatarme de la silla. Pero era humillante que yo siguiera ahí esperando a mi papá. Qué excusa iba a poner ahora. Me tapó una ola de enojo, me levanté rápido, le dejé la plata al mozo y me fui.

El bullicio de la calle me chocó de repente, pero enseguida volví a perderme en el aire. Tenía los ojos de Belén clavados delante de mí. Podía perderme en ese amarillo profundo... me inspiraban confianza, me querían, me resultaban tan familiares.

Hierro forjado

Franco estaba harto de la monotonía. El trabajo no prometía nada nuevo y la vida... bueno, la vida parecía venir apretujada y supurando puras cosas nuevas. Ojalá fueran un poco conocidas de vez en cuando, porque tanta cosa nueva, problemática más bien, le había sacado el eje de lugar y lo tenía parado sobre un solo pie, haciendo equilibrio, esperando esquivar la próxima estampida o al menos quedar en pie con el agua a la rodilla.

Claro, eso no parece muy monótono. Pero es que cuando el ruido es constante, por más ensordecedor que sea, termina pasando desapercibido.

Salvo que uno tiene siempre de fondo ese martilleo para recordarle que no está solo, que simplemente es necesario distraerse, desconcentrarse, para caer aplastado bajo esa masa que golpea y golpea, esperando un clavo que justifique su día.

Herramientas, metales... parecían tener vida propia. En su día a día, en su mente, en su cama... el martillo, hosco y simple de siempre; la espada de Damocles, siempre pendulante sobre su frente, y la hoz, con la Parca blandiéndola, escondida en cada rincón oscuro que huía de la luz.

Ese mismo metal que sus manos de orfebre podían transformar en un brillante hojalatado, con alma pulida y refinada, lo perseguía y se convertía en una sombra fundente que subía por las paredes de su habitación.

Se tiró de panza en el piso frío del galpón y sacó las tizas... Comenzó a trazar grandes círculos de colores, como cuando era chico. Todavía podía sentir la magia de esas tizas enormes, que su abuela preparaba con el polvo de tiza suelto que conseguía en el almacén de ramos generales del pueblo.

Las hacía gordas, como habanos de Cuba, porque decía que sus manos toscas no podían forjar esas tizas delgadas como usan las maestras en la escuela.

Y, como el único pizarrón que las iba a saborear era la pared rasposa del fondo, para que Franco aprendiera a dibujar ahí, no era necesaria tanta prolijidad. Esas tizas seguían teniendo la misma magia que entonces. Ya no les salían aros de humo al escribir, porque la humedad les había formado una piel fría y viscosa que se derretía contra el piso, pero Franco disfrutaba apretándolas, escurriéndoles las figuras que ellas podían dejar en el suelo al desparramar su alma de colores.

Una tiza le llamó la atención: era amarillo-verdosa, más dura que las otras y estaba intacta. No recordaba haberla visto antes entre las otras tizas del frasco.

La sacó y pensó que era perfecta para dibujar ese sol desteñido de otoño que quería dejar ahí pegado. Pero, la tiza se resistía y su cuerpo estreñado no cedía. Tanta fuerza hizo que la partió.

El olor de esa tiza era como de azufre, pensó. Y era hueca adentro. Tenía una llave chiquita de color cobre herrumbrado.

Se quedó mirándola, intrigado. No pudo pensar en nada que hubiera en la casa con una cerradura de ese tamaño. Se la guardó en el bolsillo del pantalón y trató de seguir con el dibujo, pero era indudable que ya la magia de las tizas se había trasladado a la llave.

Y es que todo lo que le despertaba curiosidad tenía para Franco algo de magia, algo que prometía sacarlo de esa monotonía del hierro y el martillo.

Días anduvo con la llave encima sin que se le ocurriera de dónde podía ser. ¿De sus abuelos? Indudablemente, porque esas tizas sólo salían de las manos de su abuela. ¿Pero desde cuándo estaba esa llave ahí?

La sacó de nuevo y, con el cepillo de dientes de metal, la restregó un poco para sacarle la herrumbre.

No era de cobre, eso era evidente. El color rojizo se lo había dado el óxido. Era de hierro negro, oscuro como si la luz no lo pudiese tocar. La sostuvo entre las manos, dudando... la apretó, trató de hacerla confesar.

De repente, sintió un ardor insoportable en la palma de la mano y un escalofrío punzante en la base de la columna. Un palpito. Fue a buscar aquel cofre de caoba que su abuela tenía siempre sobre la cómoda.

El tamaño era perfecto. Pero, ¿para qué querría su abuela cerrar ese cofre con llave y esconder la llave?

Además, él se acordaba de haber jugado muchas veces con las alhajas que su abuela guardaba ahí, soñando con sus manos de orfebre, sintiendo cómo el metal podía hablarle con su lenguaje único y refulgente... ese cofre no se cerraba con llave. Igual, lo intentó. Sí, en efecto, la llave encajaba perfectamente en la cerradura y servía para trabar y destrabar aquel cofre.

Se sintió desilusionado. Tantos días con la llave encima, alimentando una expectativa que, una vez más, se fundió hasta confundirse con el resto del hierro caliente que se sentía como grilletes atados a sus tobillos.

Volvió a su trabajo, resignado. Dejó la llave puesta en el cofre y trató de olvidarse. Se sintió traicionado. Su abuela le había jugado una mala pasada desde la tumba. Hacía tanto que no se entusiasmaba con nada, que el sólo deseo de descubrir un secreto lo había hecho brillar otra vez, sólo para dejarlo deslucido y opaco.

Terminaba el día... otra vez. Y de nuevo la noche, el martillo acechante, la espada, la hoz... podía no pensar o podía concentrarse en ello, daba igual.

Eran los eternos figurantes de fondo, los actores de reparto que se repartían incansablemente entre su cabeza, su almohada, sus sábanas. Fue a cerrar el galpón y vio las tizas en el suelo.

Pensó que las había juntado antes de irse. Parece que no. Se agachó para agarrarlas y vio que su sol desteñido, a medio dibujar porque la tiza no había querido, tenía una mancha que parecía una cerradura.

Trató de borrarla, con la manga del pulóver, pero, no. Ahí quería quedarse. Extrañado, la miraba y no podía correr los ojos de ahí.

Volvió la vista a las otras tizas... estaban todas en el suelo, pero no estaban simplemente tiradas. Formaban un símbolo, desalineado, pero él supo interpretarlo. Era un símbolo de ocho... eran ocho tizas. Debajo del sol. Un sol que tenía la cara resumida en una cerradura. A la que correspondía una única llave. Corrió a buscar el cofre con la llave.

Lo trajo al galpón y trató de entender qué era todo aquello. ¿Su abuela? ¿Era posible? Levantó una tiza amarilla y se le ocurrió pasarla por encima del relieve central del cofre... un símbolo. Una tiza azul en la parte de atrás... otro símbolo. Siguió, como un loco, pintando el cofre, hasta que las manos le quedaron teñidas de mil colores y la cabeza parecía girarle a la velocidad de la luz. ¡Cómo no había podido verlo antes!

Tenía en sus manos un tesoro: pudo leer entre líneas y vio en el aire la sonrisa de su abuela, el entusiasmo que ponía en esas tizas. El secreto que guardaban esos colores. Ella siempre le decía que los metales no acechaban, sino que aguardaban, y que esas tizas iban a ser sus maestras.

Él sonreía ante esas palabras un poco incoherentes de su abuela que le generaban la misma ternura que le daba mirar esos ojos tiernos, y un poco huidizos. "Sabios" es la palabra que les daría ahora.

Su abuela había escondido el secreto hasta que Franco fuera capaz de entenderlo. Los símbolos tenían sentido de oro para él: los diferentes metales y químicos que marcaban los símbolos, combinados tal como lo iban señalando

los colores y agregándoles la llave, el hierro fundido de la llave... ¡oro! ¡la esencia de la alquimia vestida de tiza y azufre!

Y el colgante de hierro y oro que su abuela guardaba en el cofre lo dejaba al descubierto. Tenía un gran símbolo de ocho grabado en el reverso con un relieve tal que parecía desprenderse del colgante.

Para Franco, ésta había sido una verdad a la que la monotonía le había echado más de mil llaves.

Finales de acero

Julián alzó los ojos y lo miró con firmeza. El brillo de sus pupilas marrones era como un espejo punzante en la conciencia de Álvaro. En ese reflejo diminuto pero certero podía ver su figura desgarrada, su alma de marioneta hosca y opaca.

Se miró las manos, ensangrentadas, vio cómo se aferraban a las cachas, al martillo, al gatillo de su pistola como si la última bala que quedaba en ese cargador fuese la emisaria de su libertad.

Julián era el único testigo de ese juego cruzado, vaivén interminable de amenazas y de violencia, un ir y venir de culpas y represalias entre la pandilla de Álvaro y la del “Rata”.

Todos eran perdigones desparramados del mismo cartucho, todos salían disparados para la dirección que el arma cabecilla eligiera, así de inútil era su voluntad y así de débil parecía ser su libre albedrío.

Habían nacido en ese mundo de acero y, si no podían llegar a ser el arma que disparaba, al menos se conformaban con ser las municiones que atacaban. ¿La droga, las armas, los robos a mano armada, la sangre en las paredes? Excusas. Trofeos. Una marca más en el puntaje. Un juego de roles, el sutil y extraño sabor a poder que sus rincones más oscuros degustaban con infinita delicadeza.

La villa tenía un único líder, que vivía entronado tras un par de muros difíciles de traspasar.

Y desde allí, dictaba los trabajos de cada pandilla que esos desdibujados hombres debían cumplir para ganarse su lugar en la deformada jerarquía de la villa.

Ese único atisbo de poder era el aliento diario, era lo que lo justificaba, como fieles discípulos de Arlt, si no iban nunca a poder descollar por sus actos benevolentes, al menos tenían que buscar la peor de las maldades para tener un poco de reconocimiento.

Julián era el único testigo, aunque no era, en realidad, el único. Álvaro, el "Rata" y todos ellos tenían miles de testigos a diario. Era tal la impunidad que tenían bajo las luces de la ciudad: un halo de invisible penumbra los cubría hasta dejarlos casi en el olvido.

Para el mundo fuera de esa villa, eran caras sin rostro, eran encarnaciones del mal, eran simplemente un arma más, el miedo vestido de acero.

Pero Julián sí sabía que Álvaro era el flaco desgarbado, el que vivía al lado del viejo "Martillo", el que tenía esa gorra verde que llevaba como orgulloso souvenir, el que se sentaba cada vez que podía en la puerta de la única casa blanca para imaginarse que, por un día, las paredes de chapa se habían transformado.

Con sus cinco años, Julián sabía todo eso y reconocía en Álvaro un algo familiar, su mamá le había dicho que Álvaro algún día hasta podía ser su papá, pero que no podía decir nada porque sino el "Rata" se iba a enojar.

Julián sabía lo que pasaba cuando el "Rata" se enojaba.

Lo seguía mirando, con ojos punzantes, que llegaban a doler. Y Álvaro se preguntó, por primera vez en su vida, qué tenía esa mirada que podía traspasarlo, que podía darlo vuelta de adentro hacia afuera y exponer sus huesos más frágiles al tormento del sol.

Quiso esquivar un segundo esa punta de lanza. Vio la bala que había quedado clavada en la pared e intentó sacarla, con dedos que resbalaban pegoteados de sangre.

Volvió a mirar a Julián y le pidió que se fuera, que no quería que estuviera ahí cuando vinieran los del "Rata". Álvaro se había peleado con uno de los amigos del "Rata" y la discusión había terminado mal.

Y él sabía que podían acusar al mundo de afuera, a la yuta, a los soplones y a toda esa gentuza que los persiguen como en una cacería humana. Pero, esa bala no podía quedarse ahí.

Si el "Rata" la veía, la iba a reconocer, iba a saber que había sido Álvaro. Y no podía sacarla, la pared la tenía abrazada, apretándola, como si hubiera pertenecido a ese hueco mugriento del ladrillo. Se desesperó.

Lo apuntó a Julián porque lo había visto, no, es un nene, miró hacia arriba, le dolió ver ese cielo celeste, sin culpas, pensó dónde esconderse, no había dónde, se llevó el cañón de la pistola a la boca, un gusto frío le paralizó la garganta. Se sentía atrapado, cobarde... sí, cobarde como los otros. Quizás no era él quien manejaba el arma, quizás era al revés... Quizás el "Rata" lo iba a liquidar igual. Nunca antes había matado a alguien dentro de la villa.

Sin siquiera pestañear, Julián dio un paso más y agarró a Álvaro de la punta de la remera estirada.

Se limpió esas manitos chiquitas con las que había estado jugando antes en el barro, fue hasta la pared y sacó la bala con tanta facilidad que pareciera que la pared hubiera estado esperando para entregársela.

Después, le abrió la mano pegajosa, le dejó la bala y le cerró los dedos en un puño. Lo volvió a mirar a los ojos y le dijo: "Si querés ser mi papá, te voy a tener que ayudar."

Trepando...

El camino de Babel

En la radio sonaba justo la canción preferida de mi hijo Tomás, “Nowhere Fast”, de un grupo que se llama Incubus. “¡Qué nombres les ponen a las bandas estos días!

Yo no entiendo cómo alguien puede elegir llamarse íncubo”, pensó Armando, mientras mantenía la vista, mitad fija, mitad perdida en la cinta inacabable del asfalto que tenía adelante.

Fuera de la ciudad, la negrura de la noche se había vuelto espesa, pesada y la ruta se veía como una anguila ululante bajo el agua. El viento, un tanto perezoso, pero de hamacar constante, sacudía las totoras del costado de la ruta y parecía desenredar sus largos bodoques rubios.

Y el íncubo seguía preguntándose entre oscuras entonaciones “¿Llegaré alguna vez adonde es que estoy yendo? ¿Alcanzaré alguna vez eso que planeé? Me parece que tal vez anduve un tanto distraído... ¿Sabré cuando haya llegado que ya estoy en ese lugar? Si el viento me soplara hacia ese sitio, ¿acaso me importará?”

Armando oía la canción sin escucharla... su mente estaba estancada en la reunión de mañana. Todo tenía que estar impecable porque era una oportunidad única: la cerealera más importante del país había aceptado mantener una reunión con su empresa de transportes y ver las posibilidades de firmar un acuerdo a 10 años.

La empresa de transportes había nacido hace muchos años como un pequeño negocio de familia, pero en cuanto Armando pudo sentarse en el mullido sillón de director, decidió que iba a transformarse en mucho más que

empresa: iba a ser un orgullo para la familia y la envidia de todos los demás transportistas.

Iba a darles un nombre que fuera reconocido en todo el mundo. Claro que en el camino hasta el presente, no todas las decisiones fueron inocentes, ni todos los acuerdos fueron de mutua cooperación.

Alguna que otra víctima pudo haber contribuido al crecimiento de la empresa, pero Armando había aprendido a no cargar con la culpa de quienes, según él, no habían sabido aprovechar las oportunidades del destino.

Si Dios le había permitido seguir al mando de la compañía después de 30 años de dedicación y sacrificios, aunque no siempre fueran propios, los frutos sí tenían que serlo, porque... la vida no siempre es justa. Ése es el leitmotiv de los negocios... algunos tienen línea directa con Dios y otros tienen que estar allí para tender los cables.

Él sabía que el acuerdo que iba a proponer a los directivos de la cerealera no era del todo sólido, pero lo más importante era que resultara creíble.

Además, estaba cumpliendo obedientemente con todos los “caprichosos” pedidos que el director de la cerealera había estipulado: que se presentase solo, sin los abogados, que llevara una sola copia del contrato, que fuera él hasta la sede de la cerealera que quedaba a 460 Km. de la ciudad y que la reunión fuera a las 11 de la mañana del día jueves.

La verdad es que no le parecía nada difícil, sólo que tenía que viajar por la noche porque los compromisos del día previo no le iban a permitir salir antes de la ciudad. Y, además, su chofer lo había dejado plantado a último minuto, así que decidió manejar él y listo. Después de todo, sería un relax.

Sería... si todo fuera tal como uno lo planificó. Pero, el auto tiene mente y voluntad propia parece. “Y esta noche está bastante encaprichado”,

pensó Armando. El motor se quedó mudo en medio de la nada y no quiso arrancar. Miró a lo lejos y no se veía más que silencio.

Probó el celular... nada, sin señal. Pensó en dormir en el auto, pensó en quedarse despierto, pensó en qué pasaría si no pasaba nadie, pensó en por qué tenía que pasarle justo a él, pensó por qué las cosas se complicaban casi siempre a último momento, y pensó que sólo había hecho 150 Km. desde que había salido y que si seguía ahí pensando no iba a solucionar nada.

Decidió ponerse el saco, agarrar lo imprescindible, cerrar el auto con alarma y todo aunque no sé para qué porque nadie se lo iba a poder llevar, y empezó a caminar al costado de la ruta.

Caminó y caminó, más bien peregrinó hasta que llegó a un camino de tierra que se adentraba entre las totoras y razonó que, si hay un camino, será porque conduce a algún destino. Supuso que serían las tres o cuatro de la mañana cuando llegó a un pueblito que parecía olvidado por Dios.

Más que pueblito, era un amontonamiento infame de casillas y carretas... parecía un campamento gitano. Lo único que quería era comer algo y poder seguir viaje, pero no había nada que pareciera lugar público allí. No vio plazas, ni bares, ni hoteles, ni mucho menos terminal de ómnibus o tren, o carreta aunque fuera.

Decidió golpear en una de las casillas, la más grande, la más importante, y tardó en responder una voz gigantesca que le dijo: "¿Quién llama a esta hora?"

Le explicó a través de la puerta, que en ese momento le pareció un escudo que lo protegería de aquella voz, que había tenido un problema con el auto y quería pedirle auxilio.

La voz le pidió que esperara un momento. La puerta se abrió y un hombre enorme, de barba y cabello negro, que le caía como crines, le sonrió amablemente y lo invitó a pasar.

Allí estaba también su esposa, de redondas mejillas y redondos contornos, que se deshacía en amabilidades. Armando se sentó en una silla desvencijada, hecha de paja y madera, como las que hacía muchos años que no veía.

Lo primero que le llamó la atención fue un tapiz que había colgado justo delante de él, pintado a mano parecía, con una enorme torre que se estaba incendiando y de la cual caían algunas personas que apenas parecían sostenerse de las puntas de los dedos, con cara de desesperación.

No se animó a preguntar, pero la imagen le caló hasta los huesos, y leyó, en la punta del tapiz que decía "La Torre" e inmediatamente volvió a tiempo presente. ¡Latorre! Así era el apellido del director de la cerealera.

Eso lo empujó de nuevo al ahora y dijo en voz alta:

—¡Necesito un remise!

—¿Un qué? —le preguntó el matrimonio.

Armando explicó:

—Un remisse, un taxi, o cualquier medio de transporte que me lleve hasta San Jorge. Tengo una reunión muy importante y el futuro de mi empresa depende de que pueda estar allí mañana a las 11 de la mañana.

Los dueños de casa se miraron con extrañeza, sus enormes ojos reflejaban los pensamientos de uno en el otro... este hombre, así disfrazado y hablando de cosas extrañas, a esa hora. Se sentaron, tranquilamente, en otras dos sillas iguales, y lo tomaron de las manos, uno de cada mano.

—Mire, Señor —dijo ella—. No sabemos lo que es un remise ni tenemos medios de transporte porque aquí es donde vivimos y siempre estamos aquí.

—Pero... —dijo Armando sin creer lo que estaba oyendo.— ¿No van nunca a ningún pueblo vecino? ¿A la ruta aunque sea? Además, no necesito una

limusina, puede ser alguna de las carretas, mientras se mueva... Tengo que hacer todavía 300 Km.

—No hay nada de aquí a 300 Km., ni a 500, ni a mil. Esto es todo lo que hay —aclaró él—. No sabemos cómo llegó usted aquí ni por qué está vestido de esa manera tan rara, ni por qué tiene esa expresión tan angustiante y desencajada, pero acuéstese y verá que mañana todo va a estar mejor.

—¡No, no! No quiero descansar, quiero estar en San Jorge y llegar a tiempo a la reunión. Nadie sabe que estoy aquí. ¿Un teléfono? Eso podría ayudarme. O díganme dónde está la policía o el hospital.

—Cálmese. La verdad es que no sabemos qué es San Jorge, y hace años que no tenemos teléfonos porque no hay nadie afuera con quien hablar, no tenemos hospitales porque ya nadie se enferma y no tenemos policía porque aquí no hay robos ni corrupción.

Armando no podía creer lo que estaba escuchando. Muy lentamente, empezó a darse cuenta de que todo allí era un tanto extraño... parecía oscuro, pero sólo desde afuera, cada objeto tenía una especie de luz que se traslucía desde adentro, las cosas parecían viejas, derruidas, como la silla en que estaba sentado, pero que era la más cómoda que había probado, incluso más que los algodones de su sillón.

Y esta gente que no entendía la importancia de su reunión y lo desesperado que estaba por no poder cumplir con lo que había planificado y que decían que las cosas más comunes ya no existían.

¡No podía ser! Y esa torre que no dejaba de mirarlo y de recordarle su impotencia por no poder solucionar nada. Se negaba a quedarse ahí sentado mirando cómo llegaba la hora y se frustraba esa reunión por la que tanto había luchado... y peleado, y enterrado y sobornado y falseado.

Era como un espejismo, la antítesis del oasis, una pesadilla como al revés. Pensó esto y se dio cuenta de que la torre que estaba viendo en realidad

estaba al revés. Se paró y se inclinó hacia un costado, dando vuelta la cabeza para verla como debería haber sido al derecho. Ya no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué la pintaron al revés?

—¿Qué cosa? —dijo ella.— ¿El Arcano XVI?

—¿Qué dice? ¿Qué arcano?

—Ése que usted está viendo.

—Pero esto es una torre, sólo que está al revés. Si lo dice aquí abajo.

—No, dijo ella. Es el arcano XVI. No lo llamamos "torre". Lo que usted lee ahí abajo es el apellido de él —dijo, señalando a su marido—, que es quien la pintó. Y tiene razón en decir que está al revés, aunque, en realidad, no es eso, sino que se lo puede interpretar de una manera o de otra. Así como lo está viendo en este momento, encierra la desesperación, la pesadilla, la destrucción, tal como usted lo podría entender, pero si se permite entrar en el juego de este arcano, si se abandona a los brazos del destino, verá cómo todo ese derrumbe da lugar a algo nuevo.

—Lo pinté el día que este lugar nació de nuevo de entre las ruinas de la ciudad que había aquí antes.

Armando no podía cerrar la boca, ni los ojos, ni la mente... todo era un torbellino que lo golpeaba y lo zamarreaba. No entendía. No entendía. Y esos ojos negros que lo miraban insistentemente parecían apretarle la cabeza.

Salió corriendo y se arrodilló gritando:

—¡Que alguien me ayude! ¡Necesito salir de aquí!

Estiró los brazos al cielo y miró hacia arriba, donde descubrió un cielo negrísimo y manchado de luces que latían sin cesar.

De todas las puertas, se asomaron ojos negros, vivaces, y sonrisas dulces que pensaban que quizás ese día era el día en que tanto habían pensado, el día en que empezarían a llegar hombres parecidos a ellos, pero diferentes, que iban a volver a traer ideas del pasado, que iban a sentirse atrapados, allí, que

iban a hablar la misma lengua pero que la iban a comprender de manera diferente.

Quizás sí era ahora el momento de empezar a trabajar, para mostrarles a esos hombres el camino inverso, para enseñarles cómo los pueblos que se habían ido diseminando por el mundo y que ya habían probado hasta lo improbable por separarse cada vez más unos de otros iban a empezar a reunirse otra vez.

La ciudad sin límites

Era como estar tanteando en la oscuridad, como querer desgranar la niebla para que entraran aunque sea unas gotas de luz. Álvaro sentía que esa ciudad se iba dibujando con los pasos de cada uno de sus habitantes, que la recorrían apurados, obnubilados, distantes y ensimismados.

Un laberinto de vidas, que iban cruzando estelas de turbinas que no producían turbulencia alguna.

Una infinidad de senderos de miguitas, que albergaban la esperanza de encontrar el camino de regreso, jugando con esa infancia perdida de la mano de Gretel.

Un mar de cordeles, con ovillos que la marea arrastraba hasta la playa, donde esperaban, apelmazados, que su dueño viniera a recogerlos, después de la desidia y la resaca, de ilusiones tormentosas y futuros errados.

Álvaro veía el alma de esa ciudad: muros grises, barrotes de acero inerte, arenas movedizas disfrazadas de concreto y un vaho húmedo de alientos agrios, de escapes densos y un murmullo constante de rimas asonantes que se sucedían en un siniestro compás.

Esa ciudad se había acaparado de sus entrañas, cada calle, cada recoveco, agregaba una piedra más en su estómago, en sus intestinos, en sus riñones, que ya no resistían más vueltas, idas y avenidas para encontrar el final.

Y es que era una ciudad sin límites. Era una ciudad que lo abarcaba todo, que lo engullía todo, que avanzaba lentamente como lava humeante y petrificadora. Él sabía que ya no podía permitirle más, que la ciudad era un ente con hambre de conquista que no pararía hasta hacerse carne en él.

Y ése era justamente el único límite que él no le permitiría pasar. Todavía guardaba un temblor de romanticismo en su pecho, un remoto orgullo por los montes y los bosques, un dejo de trascendentalismo tonto, infantil quizás, pero que era su estandarte y que latía como la vida misma.

¿Su trabajo? Totalmente reemplazable. ¿Su casa? ¡Como si fuera lo importante! ¿Su familia? Hacía rato que lo habían hecho a un lado. No entendían su lucha, sus ganas de gritar a viva voz y de tratar de despertar a todo el mundo para ponerlos en guardia contra el paso agigantado de la ciudad. Álvaro sí se había enfrentado ojo a ojo con ese monstruo de cemento, él era el David ante semejante Goliat.

Y decidió que no podía pelear desde adentro, porque era sólo uno entre miles de millones, que tenía que hacerle frente desde el otro lado de la barricada, donde el verde de sus anhelos y el azul de sus esperanzas le permitieran batallar contra la ciudad, aunque más no fuese, ayudado por un ejército de pinceladas trazadas en el futuro.

Unos pocos alimentos y bastante agua, algunos libros para la espera y algo de ropa para la noche, una carpa, la misma de siempre, una navaja de mochilero, lapicera y el infaltable anotador.

Se fue hasta el monte que quedaba pasando la ruta 24. Era así: la ruta era un muro de contención, casi como si la ciudad fuera a desbordar en cualquier momento e inundara el monte con sus aguas sucias.

Ese asfalto rodeaba todo el lado oeste de la ciudad y no había ni una sola construcción de aquel lado del monte. Todo era verde y vida.

Eligió su lugar en un hueco de pastos cerca de las moras porque le encantaba el violeta que las moras chorreaban por ahí y cómo ese color profundo lograba teñir de magia todo lo que tocaba. Nada que se hubiera

acercado a las moras salía impune de su contacto. Y Álvaro quería que el instinto de las moras se despertara también en él.

Trató de idear un plan, qué haría para que la ciudad dejara de engullirlo todo, para que la gente sacara la cabeza fuera de ese agua gelatinosa y viera que el mundo estaba un poco más allá.

Y mientras lograba bajar a la realidad aquel boceto de salvación, fue desenrollando sus ideas, una a una en el anotador. Pensó que una vez que pusiera en el papel todo lo que ocupaba su cabeza, le quedaría más espacio para empezar a jugar con los peones de este nuevo ajedrez.

En eso estuvo varios días: observaba la ciudad, sus anillos de humo, su atmósfera cerrada, sus ronquidos, sus reflejos inesperados, como los restos de un naufragio que reaparecen en el fondo del mar.

Comió todo lo que había llevado y, apurado por descargar todo el peso de sus ideas de una buena vez, echó mano a las moras y se dijo que si era hora de cambiar algo, por qué no aprovechar y empezar por lo de adentro. Sonrió.

"¡Qué dulces!", pensó, esto es buen augurio. Y siguió, lapicera y mora, idea, papel y mora.

Pasaron varios días hasta que su familia dio aviso a la policía porque Álvaro no aparecía por ningún lado, y había dejado su trabajo de cadete de la imprenta sin avisar nada a nadie. Había salido de su casa sin cerrar siquiera con llave.

Sólo vieron una nota en la puerta de entrada: "No se preocupen. Ya sabrán de mí y todo habrá cambiado."

La policía puso en marcha el procedimiento normal de búsqueda y no tardó mucho en dar con él. Paralizado en su eterna posición de escribiente, con

las manos y la boca manchadas de mora y un cuaderno ajado sobre las rodillas.

La imprenta decidió, quizás por honores, quizás por dinero, que había cierta publicidad en esa muerte y publicó los escritos de Álvaro con el nombre de "Escape de la ciudad sin límites", con una cerrada dedicatoria: "A quien, por no haber vivido nunca en el monte, confundió el *builbuiste* con las moras".

Plenilunio

Se detuvo, agitada, y se dobló, sosteniéndose sobre las rodillas, tratando de aminorar la respiración para que el corazón dejara de golpearle el pecho como si quisiera derribar alguna puerta.

El aire de la noche era frío, casi gélido, y el choque que eso le produjo contra el calor pegajoso que despedía su cuerpo la mareó. Se dejó caer sobre el pasto húmedo y cerró los ojos para reencontrarse.

La luna se veía allí, tras la copa recortada de los árboles, como un enorme ojo atento omnisciente e imperante. Era un objeto perfecto, el cielo recorría una y otra vez con su negrura el círculo infinito de su contorno, sin principio ni fin.

Su trono altivo se esparcía sobre la tierra, como una lluvia de imanes que atraían y rechazaban, que inflamaban las mareas y arrastraban las emociones, que despertaban los rincones más oscuros de la mente, punzando la locura y adormeciendo la claridad.

Selena no quería levantarse, sentía la espalda mojada y la ropa pesada sobre el cuerpo tembloroso. No quería abrir los ojos porque temía enfrentarla tan de frente.

Tampoco quería seguir teniéndolos cerrados porque ya la película de imágenes que le mostraba su mente se volvían insoportables, tantos ojos desorbitados, tantas manos huesudas que se alargaban intentando frenarla, tantos mechones de pelo raídos que quedaban en el camino... no quiso mirar más.

Abrió los ojos de a poco, como si quisiera espiar primero para asegurarse de que todo era como tenía que ser. Vio la luna, que la miraba, insolente y desafiante. Vio su propio cuerpo plateado bajo el brillo azulino, que

parecía aletargarse y vibrar con pequeñas escamas que a floraban desde la mitad acuosa de su cuerpo para rendir culto a esa impiadosa emperatriz.

No toleraba esa especie de gratitud servil que su cuerpo tenía para con la luna, cómo se enajenaba y disfrutaba con cada victoria sucia y agria. No soportaba ser incapaz de controlarse.

Por eso había empezado a correr desde el atardecer. Quería llegar a ese claro, cerca del río, antes de que la luna llegara a su cenit. Siempre había sospechado que lo más irracional de sus actos se lo debía justamente a ese magnetismo que la luna ejercía sobre ella y que la obligaba a seguir la historia que su mente le proyectaba.

Había ido trazando un paralelo poco a poco y vio que su vida estaba marcada cada año, cada mes, por el plenilunio... la plenitud de la luna, la lunidad plena, la pena más dura de cargar con el espejo de la luna llena.

Ese espejo... astillado, punzante, manchado... lo sacó del morral que le colgaba del lado izquierdo y se miró en él: Ojos grises, rostro pálido enmarcado por racimos de venas azuladas que palpitaban en ese punto de la sien izquierda donde su mamá le había dado un último beso, labios rotos por la furia y el miedo que la ataban y un cuello largo, infinitamente largo y frágil, con un pequeño trazo de rubí que le recordaba su papel en esta danza de sangre y eternidad.

"Ya no más", pensó. Trajo, desde lo más hondo de sus recuerdos, aquella noche junto a un río muy parecido a éste en que su mamá miró con ojos desgarrados a su bebé de ojos grises y, jurándole a la luna que lo hacía porque no tenía otra opción, le dio un beso en la sien y le clavó un trozo de espejo en la parte más tierna de su pequeñísimo cuello.

El espejo se llenó de sangre y el reflejo acerado de la luna. Esa misma luna que la salvó para convertirla en su esclava, en su pitonisa de altares macabros y conjuros de sabor a mal.

Selena tomó ese mismo espejo y decidió terminar lo que había quedado inconcluso hacía 28 años. Con la mirada fija en el cielo, y el pulso firme, contuvo el terror y clavó el espejo con todas sus fuerzas en la cicatriz enrojecida de su cuello, sólo que esta vez, el espejo miraba hacia abajo, dándole la espalda a la luna para que la magia no pudiera volver a nacer.

Los ojos, húmedos con lágrimas de temor y de incontenible decisión, se habían vuelto plateados con el reflejo de la luna, que moriría con ellos al llegar el alba.

Despejar el cielo

—No, así no —le explicaba Darío—. Si hacés tanta fuerza para cerrar los ojos, no te vas a relajar nunca. Dejá que los párpados se caigan solos.

—Bueno, a ver... —dijo Luciana—. Me cuesta un poco, no estoy acostumbrada a hacer esto.

—Más vale que te vayas acostumbrando, si no no te vas a sentir cómoda nunca en esa posición.

—Me tira un poco las rodillas —se quejó Luciana—. Pero si vos decís que es así, supongo que está bien, ya se me va a pasar.

—Sí, es así. Bueno en realidad, así como estás ahora es la posición de “medio loto” porque para hacer el “loto” bien, tenés que tener las dos plantas de los pies mirando hacia arriba.

—¡Imposible!

—No, no es imposible, lleva práctica nomás.

El ceibo que tenían encima los encerraba en el fresco de su sombra, iluminada de brillantes perlas rojas que parecían encenderse como pequeñas alas de fuego. La luz que caía por entre las ramas era un telón de partículas que bailaban y brillaban al compás de la respiración.

Luciana quería entreabrir los ojos para espiar cómo esas diminutas escamas de luz se espolvoreaban, volátiles, contra el fondo celeste del cielo, pero Darío lo supo sin siquiera abrir los ojos y le advirtió:

—Dejálas en paz. Vos cerrá los ojos y concentráte en ver el otro cielo, el tuyo.

—Pero no puedo. Yo trato, pero me duele el entrecejo y no veo nada, todo negro nada más.

—No, Luciana. Aflojáte y seguí mirando. Eso negro que ves es un velo oscuro que le pusiste a tu cielo hace mucho. Concentrate en mirar, no con los ojos, sino con todos los otros sentidos, con las emociones. Despejá ese cielo que tapaste con metros y metros de telas pesadas y opacas. Claro que no podés ver nada, tenés que traspasar esa funda que le pusiste.

—Ay... no sé si puedo. Además, me aburro estando acá sentada sin hacer nada.

—Es que crees que no estás haciendo nada porque tu cuerpo no se está moviendo y estás tratando de que la mente se calle un poco también. Yo entiendo que, para nosotros, eso es "no hacer nada", pero, hacéme caso... cuando le tomes la mano vas a sentir que estás haciendo y mucho. No sólo por vos, por los demás también.

—Yo te creo porque vos estás re-convencido, pero a mí me parece que no me funciona. Por ahí, no tengo lo que se necesita para poder hacerlo.

—Uff... qué de pavadas. Dejá de buscar excusas. Sólo tenés que poner un poco más de voluntad.

Luciana cerró los ojos una vez más. Respiró hondo, muy hondo, una y otra vez. Otra vez más. Sintió un cosquilleo por la espalda y la sensación de que una oleada de energía subía desde la tierra y le llegaba a la cabeza. Trató de aflojar los ojos, los brazos...

Dejó que la mente se fuera apagando, no le prestó atención a las palabras que le llegaban de golpe como disparadas por un cañonazo: "aburrido", "ya está", "levantáte"... y vio como las letras se iban derritiendo y caían desarmándose por un vacío inmenso.

Y, sí... de pronto sintió, vio, olió un punto violeta que se iba haciendo más grande ahí, delante de ella, mientras sentía un cosquilleo cada vez más fuerte en el centro de la frente. Quiso decirle a Darío, pero no le salía la voz. Ese punto violeta parecía hipnotizarla, era concentrado, brillante y giraba, giraba

a gran velocidad. Parecía ir perforando ese vacío oscuro, negro, que le llenaba la cabeza. Se iba haciendo un poco más grande y, de pronto, tuvo un tinte celeste, una punta azul, más celeste...

Sintió una profunda paz y un poco de ansiedad por querer abrir la imagen aún más para ver qué había, tenía ganas de meter las manos y abrir ese atisbo de cielo que podía percibir en su mente. "Quiero ver más", pensó e hizo el esfuerzo. A lo lejos, escuchó que Darío le decía: "Relájate. No hagas fuerza porque lo vas a perder. Respirá hondo, lento." Le hizo caso.

La cabeza parecía tenerla suspendida cómodamente de lo alto del ceibo, las piernas seguían en esa posición de indio a medio cruzar y se sentían muy cómodas también, como si hubieran nacido para estar así. Los brazos... ya ni se acordaba de dónde estaban sus brazos. Se dio cuenta de que se le dibujaba una sonrisa en la cara y de que los ojos se le ampliaban hacia los costados, felices.

Pudo espiar un poco más de su cielo recortado, era celeste turquesa, había miles de partículas bailando bajo la luz brillante y transparente de un sol amarillo perfecto, cálido y tierno. Vio el ceibo, sólo que era de un verde mucho más intenso, y despedía un perfume profundo e inspirador.

Lo rodeaba un aire apenas más denso, lleno de una cosquilleante electricidad, que transmitía la vida del árbol en pequeñas puntas deliciosas que atravesaban todo lo que tocaban. Sintió la vida del ceibo dentro de ella. A lo lejos, lo vio a Darío, debajo del mismo ceibo, en perfecta posición de loto, con una amplia sonrisa instalada en la cara y con ese mismo aura multicolor vibrante a su alrededor. Sentía que podía quedarse en ese lugar para siempre.

—Luciana, tenemos que irnos. Es re-tarde —dijo Darío—. Luciana —repitió, sacudiéndole suavemente el hombro—. Dale.

Ella abrió la sonrisa más todavía al tiempo que entreabría los ojos y, con picardía y una profunda mirada desde su interior, le dijo:

—Y ahora que pude despejar mi cielo... ¿No se va a nublar nunca más, ¿no?

—Sólo si querés convertirte en la hechicera que baila la danza de la lluvia para que llueva.

Sonrieron los dos con complicidad y se levantaron para irse. Luciana se dio vuelta y le guiñó un ojo al ceibo para despedirse antes de alcanzarlo a Darío que ya iba unos pasos más adelante, vestido con un poco de ceibo.

Me niego a abrir los ojos

Tanta oscuridad, tanto frío, tanta oquedad de tinieblas y humedad pegajosa... Pero, de algún modo me gusta. Me siento cómoda en este mundo incómodo y desagradablemente mullido que me voy creando día a día.

Es solamente mío. Es tan solitariamente mío que nadie más que yo sabe dónde queda ni cómo llegar a él.

Agustina pensaba esto y, sin querer, una sonrisa tímida y extraña le iba transformando el rostro. Y las manos, cerradas en puños sólidos y apretados, se iban abriendo, de a poco, iban soltando ese miedo que traía acorralado desde hace tanto.

La espalda, antes crispada, ahora se distendía, se derretía y se desparramaba contra el respaldo de la silla como si fuera un brochazo de pintura fresca contra una pared recién lijada.

Y las piernas se le aflojaban, porque en ese mundo, tan de ella, ya no hacía falta pararse firme, ni sentarse derecha, ni siquiera hacía falta tener las piernas cruzadas "como una señorita".

Ese rincón era oscuro, pero le daba una libertad tal que las reglas eran sólo de ella. Y eran tan flexibles como elásticos de plata en medio de esa negrura. Los escalones que debía bajar hasta llegar allí eran empinados y, quizás resbaladizos, pero ella sabía cómo agarrarse de la pared salitrosa de los costados, cómo apoyar lentamente cada pie hasta sentir que podía seguir bajando un poco más sin perder el control.

La gente solía acostumbrarse a vivir al sol, a dejar que la luz invadiese todos los ambientes de su casa, a permitir que la claridad del día dictase cada

momento, dijera cuándo levantarse y cuándo acostarse, cuándo comer y cuándo trabajar.

La gente parecía contenta de que el Sol marchase siempre al mismo compás y marcase un ritmo penosamente militar, de rutina cancina y en apariencia melodiosa, a la que todos respondían sin chistar.

Para Agustina, esa luz era tediosa. Era un rayo que todo lo traspasaba, que sin dudar hacía que todo fuera tomando el mismo color sepia que se ve en las caras borrosas de las fotos viejas. Era un sable que perforaba a cada uno y lo colocaba en su lugar, casi casi inamovible. Era un puñal que mataba la oscuridad.

Ella se negaba a abrir los ojos. Más de una vez al día. Porque de los ojos para adentro, había un mundo oscuro, pero nuevo. Novedoso cada vez, pero siempre reconocido, ansiado.

En ese mundo, la luz no tenía cabida. La oscuridad borraba los colores y permitía que surgiera una paleta nueva cada vez. Agustina reconocía igual cada rincón de ese mundo, pero no dejaba de sorprenderse por su mutabilidad, por su continuo reinventarse.

No había rayos, ni dagas, ni puñales. Todo era de un suave algodón negro y pegajoso, como arenas movedizas de alquitrán. Y ese sitio pantanoso e inestable, hecho de ratos, de minutos y escapadas, era todo lo que necesitaba para sobrellevar toda una vida bajo el sol recalcitrante del que muy pocos logran escapar.

Cerca de la copa y el viento...

Una vez más el frío

Una vez más el frío. Una vez más la densa oscuridad violeta que me envolvía y, despidiendo tenues relámpagos de electricidad, me transmitía una extraña sensación de tranquilidad. Era un frío dulce, esperado, bienvenido. Y era un mundo extraño, soñado, desconocido.

Lo inmenso del horizonte lo volvía inalcanzable y, a la vez, lo sentía parte de mí, como si pudiera pisarlo, doblarlo a mi antojo. La liviandad de mi cuerpo me permitía sentirme libre, inexplicablemente liberado de la gravedad de lo habitual.

Me sentía atraído hacia esas pequeñas esferas, pesadas y flotantes que surgían a lo lejos, a lo cerca, a lo lejos, a lo cerca.

Era una ola llena de magnetismo, que me arrastraba con su vaivén y me dejaba con suavidad a orillas de un río muy salado, de aguas turquesas, chispeantes de vida.

Yo no estaba solo. Un pequeño ser, de mirada intensa, ancestral, era mi continuo acompañante. No hablaba ni emitía sonido alguno, pero su mente era tan intensa que me alcanzaba y me incluía en sus pensamientos.

Este ser tenía largos pies y manos, finos y delicados; un cuerpo diminuto, como si fuera un mero nexo entre sus miembros lánguidos, y una cabeza erguida, de proporciones divinas.

En un principio, su piel era grisácea, húmeda y fría, pero a medida que íbamos adentrándonos en su mundo, iba cobrando un brillo refulgente y se hacía cada vez más transparente, hasta que la luz que emanaba de él la traspasaba y se iba derramando, como hilos incandescentes a su alrededor.

Me extrañaban tanto sus ojos. Eran similares a los nuestros, pero sin cejas ni pestañas.

De hecho, no había visto un solo pelo en todo el cuerpo de este ser indefinido. Eran negros, como de ópalo. Y eran como espejos donde yo podía verme e incluso, cuando yo los miraba fijamente, llegaban a reflejar parte de mi propia luz. Podía sentir en mi cabeza, en mi pecho, las intensas vibraciones de ese pequeño ser iluminado.

Lo extraño de ese lugar es que era similar a la Tierra, pero, a su vez, era como si fuera una versión reducida, minimalista de nuestro mundo. No había otros seres en ese lugar. Al menos yo no había logrado encontrarme con ningún otro. Y ese largo río turquesa marcaba el comienzo y el fin de un largo meandro que iba hacia un lado y luego iba hacia el otro hasta fundirse en un mismo punto... era como un gran símbolo de ocho.

Entre medio de las aguas, entre los islotes que quedaban así dibujados, crecían plantas multicolores, de aroma intenso, embriagante y, de algún modo, tranquilizador. Yo no podía pasar más allá de ese río. Me era posible recorrer gigantescas distancias para llegar hasta allí, pero el lugar que ocupaba ese paisaje parecía estar dentro de una burbuja de cristal, con paredes invisibles, que me impedían ir más allá.

De algún modo, parecía indicarme que era ése y no otro el punto al que yo tenía que llegar.

Me inquietaba soñar esto una y otra vez. Pero, al mismo tiempo, todo ese sitio tenía un aura de paraíso que dolía dejar atrás cuando llegaba la hora de despertarme por la mañana. Había días en que me iba a dormir tan cansado que ni siquiera pensaba en soñar durante la noche.

Había otras veces en que me acostaba proponiéndome soñar con aquel lugar. Ni una ni otra intención surtía demasiado efecto sobre los sueños que yo

podiera tener. Nunca supe qué era lo que daba pie a aquel ser para aparecer en mis sueños.

Con el paso del tiempo, empecé a sentir una desesperante necesidad de saber qué era lo que todo ese lugar significaba para mí. ¿Por qué soñaba con ese lugar, que me resultaba extraño, pero cada vez más familiar?

Lo que me impacientaba era sentir que el lugar se me hacía cada vez más cercano, más tangible, casi de una permanencia fija en el mundo de mis sueños, mundo, que, por cierto, marcaba un límite cada vez más delgado entre mi noche de sueños y mi vigilia diaria.

Llegó a molestarme durante el día, cuando los colores, los aromas de aquel lugar me sorprendían de repente entre medio de un pilón de hojas amontonadas sobre mi escritorio. Cuando la luz de aquel ser enigmático se colaba por debajo de la puerta de mi oficina y hasta intentaba invadir el lugar con esa luz iridiscente, descaradamente entrometida.

Cuando los ópalos de sus ojos se veían reflejados en los espejos de mi casa y hasta en los de la estación del tren que tomaba todos los días a las 8. Cuando la niebla violeta subía en espirales rápidos y alargados por las chimeneas de las casas e incluso los caños de escape.

Cuando el agua de la fuente de la plaza comenzaba a volverse más y más turquesa. Cuando las gotas de lluvia empezaron a mojarme la cara y pensé que estaba en el mar, porque sentí su alma de sal en la boca. Cuando el símbolo de ocho marcaba el infinito en cada patente, cada domicilio, cada cartel publicitario.

Y, sobre todo, cuando supe que las inflexibles paredes de la burbuja de vidrio se habían hecho añicos y llegué a cortarme con sus astillas cuando me levanté hoy de la cama.

Noche fantástica

Después de tanto buscar y buscar, de descender incansablemente los peldaños húmedos y sulfurosos que conducían a su celda más resguardada, sintió las manos ajadas por las rugosidades de esas paredes que parecían vencerse por encima de él, sintió el frío pegajoso que salía de esos muros olvidados, más bien negados, una y otra vez.

Sus ojos se apabullaron ante ese resplandor intenso que surgía de entre el alquitrán que cubría el piso de la celda, era un remolino envolvente de cuentas de cristal e hilos de luz que le pegó de lleno entre medio de las cejas y le dejó un dolor punzante allí, justo en ese punto, donde la mirada interior tiene su más certero asidero.

Y la espina dorsal pareció desenrollarse como la serpiente dormida que había sido por años, por vidas enteras para llegarle hasta la nuca con la velocidad de una chispa y la punta acerada de una lanza.

La piel se le hizo montones de montañas, erizadas sus cimas y cimbroneantes sus entrañas. La serpiente se volvía volcán, se volvía dragón, quería explotar y escupir todo el fuego que la ataba desde el principio de los principios, quería engullir la celda, con su negrura opaca y las paredes con su salitre húmedo de reliquia abandonada.

Él sintió todo ese universo de sensaciones y trató de no evadirse, de no distraerse. Lo sobrellevó con calma y meditante tranquilidad, con el temor que le producía el no saber qué vendría y con la abrumadora seguridad de haber llegado a ese punto sin retorno en el que se cae la venda de los ojos, se lloran lágrimas de sabiduría y se sonríe con la sonrisa que nos hace uno con todo lo que existe. Una espiral de energía lo rodeó, lo envolvió y lo arrolló.

Se quedó allí, dejando que esa energía lo meciera, en su ir y venir de olas engrandecidas con la sal de la vida, y esperó a que la corriente lo alcanzara suavemente hasta la playa más desértica y desoladora, pero más esperada y buscada que ninguna otra.

La noche se hizo de repente. Y él supo que había llegado la temida noche oscura del alma y la aceptó, resignado. Esa playa no se podía atravesar sin esa oscuridad imperturbable, en el que él sentiría la lejanía del mundo, la incompreensión, el abandono.

Se encontró tanteando en la bruma, sin poder avanzar. Los pies le quedaban engarrotados en la arena, que parecía succionarlo, querer devorarlo con su cuerpo casi cuántico que se sentía firme y macizo, pero que no era más que un puñado de minúsculos montones.

Sintió el llanto retenido desde albores ancestrales en esa niebla que lo cubría y oyó las palabras más cargadas de incertidumbre y de pesimismo. Pero aun así, no desistió. Siguió concentrándose, días, años, en su búsqueda, que es la búsqueda el motivo de todo el camino, y se encadenó a su férrea idea de atravesar esa noche fantástica por lo inverosímil, fantástica por lo huracanada, por lo parecida a la ambientación de la obra más siniestra.

Él sabía que todo estaba dentro de su mente, pero la noche parecía salirle por los poros y bailaba a su alrededor como bocanadas de humo marchito. Era un transitar difícil, en el que tuvo que arrastrar los grilletos acumulados por generaciones de celdas abandonadas y tuvo que pelear contra incontables monstruos alimentados por años de peldaños que nadie bajó.

Sintió el peso de todos los porqués que lo perseguían desde siempre, dudó de la vida, de la muerte, de él mismo, quiso terminar con todo, quiso declararlo en vano, intentó abrir sus ríos para que fluyeran rojos, libres, llevó flores secas a su propia tumba, pero no se animó a escribir "cobarde" en una lápida de madera, y, por eso... siguió.

Cada tanto, creía vislumbrar un botón brillante allí a lo lejos, reflejo de un faro a través de la bruma, espejo de luna en la cuna del mar, estrellas caídas sobre aquella playa, aleteos frágiles de alas de luz... quién sabe, pero la luz era todo lo que él buscaba y era su única guía para salir de ese pantano que lo rodeaba.

Trató de no mirar más a su alrededor, de no sentir más el miedo, de no dejarse despellejar por el hielo que lo azuzaba sin parar, de no perder los pies en el piso fangoso que apenas lo sostenía, de no escuchar todas las voces que se le reían, que lo provocaban, que lo señalaban y que le imploraban que volviese.

Él ya no iba a volver. Esa noche oscura iba a pasar. Él saldría de la noche airoso, renovado y renacido, él sería playa y mar y noche, luna de arena y celda encerrada, fango sagrado y aire de libertad.

Llegaría a la playa de sus búsquedas, al santo grial de sus creencias, al centro mismo de la unicidad.

Un café

Sus ojos de almendra se perdían a través del aire inerte de ese café, más allá del vidrio y a través de la calle que abría al frente como el lecho de un río fosilizado. Gabriel trataba de entender esos sentimientos que Cielo había descubierto en él.

Quizás fuera amor, claro, pero le tenía miedo al apego después de todo el tiempo que había sufrido intentando desapegarse de todos y de todo. Revolió el café una vez más, dándose tiempo para aspirar la duda una vez más antes de sellarla con un trago del café.

Tantos años preguntándose por el amor, tratando de olvidarlo, y ahora que quizás lo tuviera ahí adelante, el miedo y la duda parecían ser más fuertes.

Sintió una sombra que se interponía entre su mesa y la entrada del café. Trajo de nuevo la mirada a la punta gastada de esa mesa de madera que parecía dudar de su estabilidad tanto o más que él y se encontró con un par de jeans, una chomba verde y a Román detrás del aura soberbia de sus anteojos de sol.

—Hola. Qué justo te vi.

—Bueno, si querés sentáte —dijo más porque era la frase que tocaba en el repertorio que por quererlo realmente. Lo último que necesitaba era que el novio de Cielo viniera a enfrentarlo. Él sabía que no había mucho que hablar, Román no era dueño de los sentimientos de Cielo, mucho menos de lo que pudiera pasarle a Gabriel, un perfecto extraño, para el caso.

—Sí, me siento, pero dos minutos nomás. Estoy un poco apurado, pero justo te vi cuando pasaba y quise entrar a saludarte.

—Claro.

—¿Qué estás leyendo?

—No, no estoy leyendo, estoy tratando de escribir el trabajo que necesito para la facultad.

—Ah, pensé que ya te habías recibido.

—Estoy en eso —Gabriel notó su sonrisa burlona y la palabra ARQUITECTO que le saltaba sobre la frente como grabada en bajorrelieve.— Terminó dentro de dos años.

—¿Qué era eso que estudiabas? —Lo preguntaba para divertirse, porque sabía perfectamente que Gabriel estudiaba Teología.

El mozo se acercó para preguntarles si querían algo más y Román le pidió un cortado rapidito. Gabriel lo miraba despacio, como tapándose la cara para no encandilarse. Ese hombre se movía, olía y se sentía como una enorme barra de acero refulgente: tenía una seguridad apabullante.

Gabriel dudaba de todo delante de él y eso le molestaba porque le recordaba su vulnerabilidad. Empezó a sentir un pozo de odio que se le revolvía en el estómago, sintió los dientes que se le apretaban y sintió los puños, cerrados contra sus muslos, por debajo de la mesa, apurados por encontrarse con su rival.

Román terminó de echarle azúcar al café y lo miró, con una media sonrisa. Quizás para romper el hielo, pero a Gabriel le supo a una oleada de hiel. Las palabras se le amontonaban a gritos en la garganta y sintió que un fuego le calentaba la sangre. Pero, había algo extraño en todo eso.

Él era la persona más pacífica y tranquila que conocía. No reconocía esta reacción y ni siquiera se identificaba con las sensaciones que su cuerpo se empeñaba en mostrarle. Intentó refugiarse un segundo en ese centro oscuro, de aguas mansas, donde podía verse a sí mismo.

Y en ese mismo instante, sintió los puños de Román ciñéndose debajo de la mesa, vio las venas de su cuello que se exaltaban y palpitaban con un ritmo enloquecido, vio sus labios apretados y amargos, vio la ira en sus ojos.

Gabriel le sonrió con el alma. Había entendido exactamente los estertores que habitaban a Román en su interior, la ira, el miedo, la desesperación. Su empatía podía ser una maldición cuando no lograba reconocer emociones que no le eran propias, pero podía ser un milagro cuando el espejo de sus entrañas se reflejaba en lo más profundo de quien tenía en frente.

Rara vez las personas podían ocultarle su sombra a Gabriel. Román no era la excepción.

Tiempo de sincronicidades

La desesperaba esa incansable monotonía que envolvía sus días con un papel de seda translúcido, que la dejaba entrever, pero no le permitía pasar. Quería romper ese papel a manotazos, a patadas, quería rasgarlo en tiras... pero el papel no se rompía: se inclinaba, se alejaba, se hacía de niebla y volvía a estar siempre allí, como si fuera parte de las paredes del tiempo, como si cada pensamiento se transformara en grano de arena para caer después en el cuenco del futuro y volverse realidad.

Ese día tenía algo de cosquilleo, de flores que se agitaban nerviosas, de sonidos en el viento con historias de pasados y futuros que se fundían, con relojes clavados en un eterno mediodía de sol sin sombra.

Ella reconocía las señales: hacía meses que el mediodía era el momento que definía su día, el doce era el número que la despertaba por las noches y la sacudía durante el día, mil doscientos días desde aquella despedida, doce los kilos que habían dejado de pesarle, doce los años que había dejado atrás de vida compartida, “doce” la palabra que la atormentaba y le hablaba sin cesar en la radio, en la calle, en las bocas de tanta gente sin rostro.

Y hoy el péndulo se detenía en la vez número 120 en que ella marcaba una coincidencia más. Sincronicidades que marcan el camino, que dibujan la línea punteada hacia la cruz de plata, donde quizás se encuentre el tesoro, donde quizás se esconda una próxima pista de casualidad.

Maia alzó los ojos al cielo, cansada, abatida, y dejó que se le inundaran de sol, que las lágrimas corrieran libremente por los costados de su cara, dejando un rastro nacarado como una diadema de perlas que iban desprendiéndose de su pelo.

El sol le habló, con su lenguaje lacónico y eterno, le llegó al centro mismo de la vida y le despertó las pocas ganas que le quedaban de sonreír. Y Maia respondió: Encendió su luz y la hizo brillar en una sonrisa que lo abarcaba todo, que astillaba el pasado y lo convertía en miles de haces espejados que harían de faro en la oscuridad más pegajosa, que anclaba el presente en un mar de estrellas iridiscentes de posibilidades, que atrapaba el futuro y lo encerraba en granos de arena que irían armando poco a poco su nuevo reloj.

Maia comenzó a entender, con el cuerpo a flor de piel por tantos escalofríos que le revivían los nervios como una hiedra que la iba enredando con la rapidez del río al fluir, que ése era el tiempo marcado por las sincronicidades, el centro cavernoso de la cruz de plata en el mapa del tesoro más extenso y buscado, que era hora de dejar el suelo firme y atreverse a la corriente que le mostraría el camino entre los cardos para llegar a aquel valle de aguas doradas y madreperlas de púrpura, con hilos de sales tranquilas que se hamacan sobre el fondo.

Maia sabía que era tiempo de volcar el reloj de arena y empezar la cuenta una vez más, ahora con la vista asomada por encima de la niebla y la frente teñida de luz.

Intentó dejar afuera los edificios que le amurallaban el horizonte e imaginó que la rodeaban helechos de un verde lleno de selva y silencios cargados de vida. Olvidó el cemento que pisaba y se descalzó para sentir el frío del pasto que incubaba olores de campiñas tendidas sobre corazones de pedernal. Se internó en su mundo, invisible para las miradas suspicaces de quienes la observaban de reojo al pasar.

Cayó el tapado, el pantalón, el pulóver... Se tendió de espalda, como un espejo de agua que brotaba de las entrañas de la tierra. Dejó allí marcada,

grabada con hierro incandescente su propia cruz de plata donde daba comienzo a un nuevo mapa de un viejo tesoro, inicio que para otros sólo representaba un triste final.

Pero para Maia, decidida a abrir las cortinas de esa ilusión de humo que llevaba sobre los hombros por alguna ancestral ley de equilibrios, de pagos y recompensas, que quizás ella aceptó y firmó antes de que su mano se moviera con cuerpo y sangre, esa cruz era un Poseidón sepultado bajo las aguas, era la moneda de oro más pesada de aquel cofre hundido, encostrado de sal y mar.

Se aferró a esa moneda que podría borrarle la posibilidad de volver a respirar aires de tierra, pero que le mostraría cómo el papel de seda se deshacía mansamente bajo la ondulante superficie del mar. Su nuevo cuerpo de sirena se acunaba en esos brazos de yodo y algas.

Las paredes de su añejo reloj de arena se habían deshecho, el futuro esparcido latía en la mica de aquellos suaves guijarros en los que se entremezclaban pasado y presente, donde se escondía, palpitante, el alma perla de la eternidad.

Nuevas sincronicidades la esperarían, diseminadas entre nácares y arrecifes: la hora del doce ya le había abierto su portal.

Desde arriba, desde adentro...

Ojos de savia

La fuerza verde que nos conecta.

Late... Late...

Había planeado esos días en la cintura litoraleña desde siempre... Llegó por fin el momento de saltar del río a la tierra y conocer, paso a paso, el suelo que había sostenido las pisadas de sus ancestros amazónicos. Era una alfombra inquietante y profunda, que palpitaba con todos los tonos de verde cuando Ariel iba avanzando, muy lentamente.

La costa se convirtió muy pronto en selva y la densidad de aquellas imágenes, de brazos añejos y hojas hambrientas llegó a entremezclarse con su propio sudor y el ritmo acechante de su corazón. Nunca habría creído que la espiral de sonidos que lo envolvía podía parecerse tanto al silencio como a la más bulliciosa multitud.

Ariel sabía que su sangre se encontraba a gusto allí, pero era su cabeza la que se esforzaba por mostrarle los peligros, las sombras de aquel lugar. Una mano gigantesca le empujaba la espalda, casi apurándola por un supuesto camino que él intentaba seguir y, que indudablemente, no recordaría para regresar.

La humedad y el calor hacían que los tules mismos de la selva lo fueran envolviendo como una telaraña, vuelta y vuelta, y se le fueran encimando sobre aquella piel de ciudad: se sentía como un enorme copo de azúcar verde, como un ovillo de hilo en la punta de aquella rueca que se hundía en la tierra.

Así, mareado por tantas sensaciones, vencido bajo el peso de tanta selva, fue avanzando, ya sin saber siquiera por dónde estaba el sol que caía en

finas gotas por entre las lianas y los helechos que se entrecerraban para formar un cielo que nunca había estado tan cercano.

Se sentía abrazado, atrapado... sus ojos eran ahora espejos de esmeralda, aguas temblorosas ante tanta vida... sus pulmones no podían distinguir aquel sabor de savia en el aire, tanta semilla, tanta promesa de eternidad en cada bocanada. Ariel comenzó a sentir cómo sus pies elegían ese preciso punto en la tierra, cómo su voluntad se deshacía en cenizas que hacían el suelo más fértil, cómo su cabeza luchaba por escaparse de aquella prisión que sus propias piernas decidían erigir allí.

Sus manos se alzaron al cielo, intentando escapar por entre las lianas, buscando el segundo cielo y el tercero... Su cuerpo se hizo alto, se extendió hacia arriba y hasta el vientre mismo de la tierra... sintió él también cómo las raíces le iban atravesando la carne y cómo las nervaduras lo extendían, lo abrían cada vez más.

Y fue árbol, sus ojos vieron ese interior de nudos y corteza dura pero frágil, mucho más viva que la coraza que lo había acompañado siempre antes, vieron sus venas, llenas de néctar verde y vieron su espíritu... aquella niebla blancuzca, mezcla de verde y plata que se colaba entre las hojas y se fundía con las demás. Fue árbol y desde ese mirador silencioso, con la pausa y la paciencia de quienes hablan sin palabras, llegó a entender las verdades que le habían estado vedadas cuando sólo era Ariel, el que se adentraba en la selva sin entregársele.

El centro de su piel, ahora vestida de tronco y de madera, bullía y se mecía, como las ondas del río contra los pastos de la costa, con la vida que le subía por las raíces y la vida que le bajaba desde las ramas.

Comprendió las palabras de su abuelo, que hablaba del estado de éxtasis que provocaban las lianas, pero que él pensaba que sólo eran dichos de

un anciano ya frágil y encorvado. La sangre de las lianas era la llave misma para aquel encuentro, era un elixir con el que quimeras y realidades se fundían en un mismo mundo, en un mismo ahora.

Y abrían paso a ese otro Ariel que ahora podía ver con ojos de árbol y sentir el murmullo de la selva tan propio como si estuviera dentro de él, como si naciera de él, como si dependiera de él.